

FLORES Y ESPINAS (1877), DE ANTONIO GASÓS ESPLUGA (1850-1931).  
EDICIÓN Y ESTUDIO

Juan Carlos ARA TORRALBA

Uno de los poemarios tratados con mayor benevolencia por José María de Cossío en su monumental *Cincuenta años de poesía española* fue el del oscense Antonio Gasós y Espluga, *Flores y espinas* (1877). De él decía en 1960, con acierto, que «probablemente, será la primera vez que se le dediquen unas líneas de simpatía y consideración».<sup>1</sup> A pesar de los deseos y desvelos de Cossío, el autor, Gasós, y el poemario de 1877 han continuado oscurecidos por la desidia de nuestra historiografía nacional y local, hasta tal punto que en los días que corren no hay repertorio que recoja noticias del poeta altoaragonés ni, casi, biblioteca que conserve ejemplares de la obra. Es cierto que lo difícil se obvia y que un interpretativismo mal entendido ha relegado a espacios marginales la necesaria labor positiva, imprescindible para toda exégesis correcta de los productos culturales. Estas miserias se ceban señaladamente en nuestro siglo XIX, en exceso abandonado por historiadores y filólogos. Desconozco, quiero desconocer, la razón última por la que un escritor epigonal y recursivo del siglo XVII pueda tener mayor interés que uno del XIX; acaso un mal entendido *prestigio* de la historia lejana o la construcción del *fetiché* del manuscrito que señorea el magín de determinados filólogos, sean la raíz última de estas prácticas nocivas por las que la poesía de un señorito burgués se moteje de *chirle* y la reiterativa de un capuchino barroco, pongo por caso, sea cima y cumbre de no sé qué. Ambas, en toda ocasión, merecen, sin distingos, el estudio positivo, cuando no exhaustivo, del historiador de la literatura. Se impone, por lo dicho, reconstruir la biografía de Antonio Gasós y Espluga para más tarde analizar como se debe su poemario de 1877.

<sup>1</sup> José María DE COSSÍO, *Cincuenta años de poesía española (1850-1900)*, vol. II, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, p. 1216.

Antonio Gasós y Espluga vino al mundo el 16 de enero de 1850. Fue bautizado al día siguiente por el capellán de la catedral de Huesca, Blas López.<sup>2</sup> Sus padres fueron Cristino Gasós Franco, abogado, y Joaquina Espluga Gasós, oriundos de Naval. El abuelo paterno de Antonio, también Antonio Gasós, había sido por muchos años escribano de Naval y contrajo matrimonio con Joaquina Franco, nacida, asimismo, en la pequeña localidad somontana. El abuelo materno, José Espluga, era oriundo de Alins y la abuela, Leonarda Gasós, de Naval.<sup>3</sup> La concurrencia de apellidos en la genealogía inmediata de Antonio Gasós y Espluga indicia la endogamia propia de propietarios rurales medios.<sup>4</sup> En concreto, eran de relativa importancia las heredades de la familia en la comarca de Ariéstolas y Castejón del Puente.

Vinculada la familia con Naval y Ariéstolas, el joven Cristino Gasós Franco, nacido en Naval el 15 de noviembre de 1816,<sup>5</sup> se trasladó a la capital altoaragonesa en 1830 para cursar en la Universidad Sertoriana los estudios conducentes a la obtención del grado de licenciado en Leyes;<sup>6</sup> allí coincidiría con el que sería su cuñado, Orencio Espluga, nacido en Barbastro el 23 de febrero de 1815,<sup>7</sup> y con su futuro consuegro, Manuel Samitier, también de Barbastro.<sup>8</sup> Cristino Gasós Franco finalizaría sus estudios, con éxito, en 1838.<sup>9</sup>

El padre de Antonio Gasós ejerció de abogado y de letrado, primero en Barbastro y Naval y, al poco, una vez casado con su prima Joaquina Espluga Gasós (también nacida en 1816), en Huesca. El joven matrimonio recala en la capital oscense a principios de 1846.<sup>10</sup> Desde su domicilio del Coso, número 15,<sup>11</sup> Cristino Ga-

<sup>2</sup> Esta circunstancia equivocó a Gregorio Gota Hernández, quien situó el nacimiento de Antonio Gasós el día de su bautismo («Efemérides altoaragonesas. Enero», *El Diario de Huesca*, 10 de enero de 1930). Fiado de Gota, el que suscribe estas líneas repitió el error en las dos modestas tentativas de aproximación, aún tangencial, a Gasós: «“A las ruinas de Monte-Aragón”, de Antonio Gasós Espluga (1876)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 6 (5-I-1996), pp. 6-7; «Sinfonías legendarias en tono menor: La Campana de Huesca (1893-1895), glorias y miserias de la primera y postergada revista ilustrada de la provincia», *Aluzet. Revista de Filología*, 7 (1995), pp. 9-55.

<sup>3</sup> *Libro de bautismos de la Yglesia Catedral de Huesca*, conservado en el Archivo Diocesano Oscense, sección 7/1, legajo 140/1, f. 294v.

<sup>4</sup> También se daba, por supuesto, entre familias de *notables* y de profesiones liberales urbanas, como es el caso de los personajes que habían fundado en 1840 el Liceo Artístico y Literario de Huesca (*vid.* Juan Carlos ARA TORRALBA, «Marco y telas para una historia de las letras oscenses en el siglo XIX», *Actas del V Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón. Localismo, costumbrismo y literatura popular*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», en prensa, y «Jóvenes, oscenses y liberales. El Liceo Artístico y Literario de Huesca (1840-1845)», *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 22 (noviembre de 1998), pp. 7-31.

<sup>5</sup> *Libro de Bautizados de la Parroquia de Santa María de Naval*, t. 9, f. 172r.

<sup>6</sup> *Expedientes de grados mayores y menores. 1835-1838*, Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Universidad, libro 164, expediente 88.

<sup>7</sup> *Expedientes de grados mayores y menores. 1839-1840*, Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Universidad, libro 165, expediente 99.

<sup>8</sup> *Ibidem*, expediente 4.

<sup>9</sup> *Nombres de los graduados en todas las facultades por la Universidad de Huesca, de 1827 a 1843*, Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Universidad, libro 78.

<sup>10</sup> En la sesión del 27 de mayo de 1850 del Consistorio oscense, se lee una solicitud de Cristino Gasós para que se le certifique su conducta moral y política desde que se domicilió oficialmente en Huesca, el 1 de enero de 1846 (*Libro de Acuerdos del Ayuntamiento de Huesca. 1850*, sesión del 27 de mayo de 1850, Archivo Municipal de Huesca).

<sup>11</sup> *Padrón de vecinos correspondiente a 1865*, Archivo Municipal de Huesca, caja 58 (4).

sós observa cómo la política local se debate entre el conservadurismo atroz propiciado por los gobiernos moderados de Madrid y un creciente republicanismo cuyos hitos más señalados los conformaron la sublevación de Manuel Abad en 1848 y la política hábil y efectiva del republicano oscense Francisco García López, especialmente durante el bienio progresista (1854-1856). Ante esta situación, Gasós se alinearía con el posibilismo liberal y progresista. Así, en 1865 y 1866, Cristino Gasós es elegido primer teniente de alcalde del Ayuntamiento oscense, a las órdenes de Mariano de Lasala y Larruga. Sagastino radical, tras la revolución de 1868 alcanza la presidencia del Comité Progresista de Huesca, logro que le permite dirigir la Diputación Provincial en 1871, durante el efímero reinado de Amadeo de Saboya.<sup>12</sup>

Retornando al interior del hogar, antes del nacimiento de Antonio habían sucedido dos acontecimientos de cierta trascendencia. El primero de ellos es que hubo un primer Antonio Gasós Espluga, nacido en 1846, pero que moriría al año de su llegada al mundo, concretamente el 19 de marzo de 1847.<sup>13</sup> El segundo, el nacimiento de la que sería muy querida hermana de Antonio, Susana Joaquina Gasós Espluga, sucedido el 24 de mayo de 1848.<sup>14</sup>

Puestas así las cosas, Antonio, tercer y último vástago del matrimonio Gasós-Espluga, estudió las primeras letras en la capital y las segundas y superiores en Zaragoza. Cursó, como no podía ser de otra manera, los estudios conducentes a la obtención del título de Licenciado en Leyes. Poco antes de terminarlos, el veinteañero Antonio Gasós fundó y dirigió en Huesca la revista *Monte-Aragón* (1870-1871), subtitulada *Ensayo literario, humorístico, moral e instructivo, dedicado a las familias*. Su primer número salió a la calle el 4 de septiembre de 1870, y junto a la de Gasós se leían las firmas de dos buenos amigos suyos, Luis Vidal y Domingo y Pedro Claver y Bueno.<sup>15</sup>

Siguiendo los pasos de su padre, Antonio entró en política en el bando sagastino. Fue diputado provincial durante la I República española (1873-1874). Con la Restauración canovista, volvió a ser diputado liberal por Monzón entre 1875 y 1880. En 1882 lo vemos como vicepresidente del Comité Provincial Liberal, bajo la férula de José Lasierra Azcón. Finalmente, en 1882 lograría el acta de diputado provincial por el distrito electoral de Barbastro-Boltaña,<sup>16</sup> de la cual disfrutaría hasta 1890.

<sup>12</sup> Cfr. Alberto GIL NOVALES, *La revolución de 1868 en el Alto Aragón*, Zaragoza, Guara Editorial, 1980, p. 104.

<sup>13</sup> *Libro de difuntos de la Yglesia de la Catedral. 1803-1851*, f. 25v.

<sup>14</sup> *Libro de bautismos de la Yglesia Catedral de Huesca*, conservado en el Archivo Diocesano Oscense, sección 7/1, legajo 140/1, f. 256r.

<sup>15</sup> Cfr. Ricardo DEL ARCO, «La prensa periódica en la provincia de Huesca», *Argensola*, 11 (1952), pp. 203-204. No se conservan, hasta donde alcanzo, ejemplares de esta revista, donde podríamos analizar los primeros balbuceos literarios de Antonio Gasós.

<sup>16</sup> Datos extraídos de la monografía de Carmen FRIAS CORREDOR *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1992.

No olvidó Gasós, sin embargo, su vocación lírica y durante estos años compuso varios poemas, muchos de los cuales aparecieron primero en *El Diario de Huesca* y después fueron recogidos en el poemario *Flores y espinas*. Como podrá conocer el lector del libro aquí reeditado, las espoletas que motivaron la escritura final de *Flores y espinas* fueron las muertes de su joven esposa, Presentación Samitier, y de su hermana, Susana Gasós, fallecida el 10 de febrero de 1873, ya casada con Javier Fortuño.

Mucho debió el matrimonio Gasós-Samitier a la amistad de Cristino Gasós, muerto en 1875, con el abogado y juez municipal de Barbastro Manuel Samitier. El caso es que el 6 de septiembre de 1875 se casaban en la catedral de Barbastro Antonio Gasós con una jovencita de veinte años de edad, hija del supracitado Manuel Samitier y de María Antonia Coll, oriunda de Binéfar.<sup>17</sup> Ejercieron de padrinos de la boda los influyentes políticos provinciales Ignacio Lafarga, de Huesca, y Mariano Naval, de Peralta de Alcofea.<sup>18</sup> Los contrayentes, tras pasar unos días en la finca familiar de Ariéstolas, se trasladaron a vivir a Huesca, a la casona del Coso Alto propiedad de los Gasós.

Un feliz embarazo pareció dar felicidad al matrimonio, pero la fatalidad se cebó con Presentación Samitier, quien poco después de dar a luz al que sería conocido poeta costumbrista oscense, Cristino Gasós Samitier, moriría víctima de las fiebres puerperales. A las cinco de la tarde del día 12 de julio de 1876 fallecía María de la Presentación Gregoria Samitier Coll, natural de Barbastro y de veintiún años de edad (había nacido a las tres de la tarde del 27 de noviembre de 1854). Testigo de la defunción sería el viejo liceísta oscense Mariano de Lasala y Larruga.<sup>19</sup>

Víctima del dolor, Antonio Gasós decide recoger sus versos en el poemario que verá la luz en la primavera de 1877. Le encarga el trabajo al viejo impresor Mariano de Castanera y Alegre (Binéfar, 1805 - Huesca, 26 de noviembre de 1878), heredero de los talleres de Larumbe y que no llegaría a sobrevivir dos años a los trabajos de tirada de estas *Flores y espinas*. *Ensayos poéticos*.<sup>20</sup> En la edición, no venal, del poemario se incluye una composición dedicada a una «Carmen S.», que no era otra que una de las hermanas pequeñas de Presentación Samitier.<sup>21</sup> No es creíble que a la altura de la primavera de 1877, tiempo de edición de *Flores y espinas*, se hubiera

17 María Antonia Coll fallecería en Barbastro el 21 de mayo de 1891, escasos tres años después que su marido Manuel Samitier (*La Crónica*, 22 de mayo de 1891). Manuel Samitier era hijo de Manuel Samitier y de Celestina Loriente, de Barbastro, mientras que María Antonia Coll nació del matrimonio entre Benito Coll y Nunila Corzán, ambos oriundos de Binéfar.

18 *Libro de Desposorios de la Yglesia Catedral de Barbastro*, tomo 37, n.º 16. Agradezco cordialmente a Joaquín Ferrer Dueaso su amabilidad al proporcionarme copia de este documento.

19 *Libro de defunciones de la Yglesia Catedral de Huesca*, conservado en el Archivo Diocesano Oscense, 151/3, f. 190r.

20 Huesca, Imprenta de Mariano Castanera, 1877.

21 Otra de las hermanas fue Dolores Samitier Coll, quien casó en Barbastro con un comandante de caballería en el otoño de 1886 (*La Crónica*, 20 de septiembre de 1886). Por su parte, Delfina Samitier Coll contrajo matrimonio en Barbastro con el oscense José María Claver Pérez (*La Crónica*, 21 de noviembre de 1889).

acordado el matrimonio del viudo Gasós con una dieciochoañera María del Carmen Samitier Coll (nacida a las seis de la tarde del 17 de julio de 1858), pero sí parece seguro que en el verano de aquel mismo año Manuel Samitier diera el visto bueno al enlace de otra de sus hijas con Antonio Gasós; no debe olvidarse que esta práctica estaba extendida en la época y que obedecía a razones de herencia y colocación de los descendientes femeninos.

El asunto debió de ser muy comentado en Huesca, toda vez que *Flores y espinas* es, en parte, elegía desconsolada del poeta a la muerte de su primera esposa. En los cenáculos oscenses, señaladamente en el Casino Sertoriano del barón de Alcalá y en la tertulia de la casa de los Tolosana, correría más de una murmuración; entre ellas, la del joven Joaquín Costa, que residía a la sazón en la capital oscense,<sup>22</sup> era asiduo de las veladas de los Tolosana<sup>23</sup> y conocía al elemento femenino de ellas, tanto a su adorada Concepción Casas Soler como a Susana Lacasa Catevilla y, cómo no, a las Samitier Coll. Sea este u otro el motivo de la discordia, el caso es que el 14 de agosto de 1877 Joaquín Costa anotó en su *Diario* el enfrentamiento con Gasós, a quien secundaron Ignacio Lafarga y Luis de Fuentes Mallafré, y que derivó «a punto de duelo».<sup>24</sup> Afortunadamente, terció en la pendencia un amigo común, Luis Vidal y Domingo, quien apaciguó los ánimos. Como testimonio de este final feliz queda una carta de Antonio Gasós a Joaquín Costa, fechada en septiembre de 1877, donde se da por zanjada la polémica:

Sr. D. Joaquín Costa

Muy Sr. mío: no he recibido carta alguna de V.

D. Luis Vidal me dijo que *por orden de V.* había retirado, estando yo ausente de casa, una carta que V. me había remitido, añadiendo que todo quedaba terminado y que deseaba no hablare yo una palabra del asunto.

Es cuanto debo decir a V.

Besa su mano,

Ant<sup>o</sup> Gasós<sup>25</sup>

A un año vista escaso de la publicación de *Flores y espinas*, Antonio Gasós contraía matrimonio con la hermana de su difunta esposa, María del Carmen Samitier Coll. La ceremonia se celebró en la iglesia catedral de Barbastro el 25 de marzo de 1878. Contaba él veintiocho años y ella diecinueve. Por descontado, se les había dispensado del parentesco de primer grado de afinidad.<sup>26</sup> De este nuevo matrimonio nacerían Antonio Gasós y Samitier (Barbastro, 1879), Santiago Gasós y Samitier (Hues-

<sup>22</sup> Vid. mi estudio «Pesquisas sobre la actividad cultural del joven Costa en Huesca», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 14 (1997), pp. 5-52.

<sup>23</sup> Cfr. Gregorio GOTA HERNÁNDEZ, «Notas oscenses. Recuerdos», *El Diario de Huesca*, 28 de junio de 1936. Artículo hoy accesible en mi edición de *Notas oscenses (Primera Serie)*, Huesca, La Val de Onsera, 1997, pp. 144-147.

<sup>24</sup> *Apud* Luis ANTÓN DEL OLMET, *Los grandes españoles. Costa*, Madrid, 1917, p. 143.

<sup>25</sup> Carta de Antonio Gasós a Joaquín Costa, Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Costa, c. 33, p. 52.3.

<sup>26</sup> *Libro de Desposorios de la Yglesia Catedral de Barbastro*, tomo 37, n<sup>o</sup> 61.

ca, 1888), Fausto Gasós y Samitier (Huesca, 1889)<sup>27</sup>, Lorenzo Gasós y Samitier (Huesca, 1892), María Gasós y Samitier (1893) y Carmen Gasós y Samitier (1895).<sup>28</sup>

A partir de este año de 1878, Antonio Gasós apenas prodigó sus quehaceres literarios. Por contra, se dedicó a su despacho de abogado y a sus asuntos políticos. Como buen aficionado a la pesca y a la caza, fue el factótum de la creación en la capital de la *Revista Venatoria* (1878-1879)<sup>29</sup> y de los fastos del centenario de Calderón en Huesca.<sup>30</sup> En cuanto a política local, Gasós participa en un «Banquete Constitucional» en el hotel La Unión junto a otros próceres del fusionismo oscense, como José Lasierra, Agustín Loscertales, Estanislao de Antonio, Pablo Linés y Pascual Queral y Formigales.<sup>31</sup> Poco más tarde, el 4 de mayo, es elegido concejal del Ayuntamiento oscense<sup>32</sup> y el 1 de julio, por real orden, pasa a presidir la alcaldía del Consistorio,<sup>33</sup> que detentará durante el resto de 1881 y los años de 1882 y 1883. Como tal pronunció el discurso de bienvenida en la visita de Alfonso XII a Huesca el 22 de octubre de 1882.<sup>34</sup>

Por entonces se agravaron las tensiones entre los partidos dinásticos (fusionista y conservador) y el poder creciente del hábil muñidor político, por entonces republicano posibilista, Manuel Camo y Nogués. Fruto de ellas resultaría la creación de la Coalición Administrativa Oscense —anticamista—, amalgama de conservadores, fusionistas, carlistas e incluso republicanos federales, de la que Gasós sería uno de sus más fervientes mantenedores.<sup>35</sup> Sus actividades como zapador del camismo oscense comenzarían de hecho en mayo de 1885, como miembro del Comité Electoral del Ayuntamiento de Huesca,<sup>36</sup> seguirían con el asesoramiento del gobernador fusionista encargado desde Madrid de frenar el ascenso de Camo, el barbas-trense de adopción Arturo Zancada y Conchillos,<sup>37</sup> y se afianzaron con la famosa

<sup>27</sup> Muerto a los veintiocho meses de edad el 10 de enero de 1893 (*El Diario de Huesca*, 11 de enero de 1893).

<sup>28</sup> El 7 de febrero de 1882 moriría un bebé del matrimonio, de escasos días de edad (*El Movimiento*, 8 de febrero de 1882).

<sup>29</sup> Ricardo DEL ARCO, art. cit., p. 208.

<sup>30</sup> En el número del 28 de mayo de 1881 del periódico republicano *El Movimiento*, se reseña que Antonio Gasós había leído en la fiesta del Centenario una poesía en octavas reales dedicada a Calderón. En la misma celebración, Gasós apadrinaba a unos jóvenes literatos locales como Susana Lacasa Catevilla, Gregorio Gota Hernández, Luciano Labastida Oliván y Félix Bescós y Mavilla.

<sup>31</sup> «Banquete Constitucional», *El Movimiento*, 26 de febrero de 1881.

<sup>32</sup> *El Movimiento*, 5 de mayo de 1881.

<sup>33</sup> *El Movimiento*, 2 de julio de 1881.

<sup>34</sup> Luis MUR VENTURA, *Efemérides oscenses*, Huesca, Vicente Campo y C<sup>a</sup>, 1928, p. 371.

<sup>35</sup> Acerca de los avatares y trascendencia de la Coalición, *vid.* mi introducción a la edición de Pascual QUERAL Y FORMIGALES, *La ley del embudo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.

<sup>36</sup> *El Diario de Huesca*, 1 de mayo de 1885.

<sup>37</sup> Carmen Samitier de Gasós participó, junto a Práxedes Ruata de Zancada, en la típica organización de una rifa para sufragar la terminación de las obras del asilo de los pobres en el paseo de la Estación (*La Crónica*, 23 de julio de 1886).

reunión de anticamistas en la casa del barón de Alcalá en abril de 1887,<sup>38</sup> donde Gasós tomó la palabra para defender la Coalición.

De hecho, ya bregaba por el constitucionalismo desde las páginas del periódico constitucional oscense, dirigido por Pascual Queral, *La Brújula* (1886-1890), el cual dirigió en alguna ocasión por ausencia de Queral. De esta manera, Gasós auspiciaba también los primeros pasos literarios de Gregorio Gota Hernández, Bernabé Morera Pablo, Joaquín Adán Berned y Luciano Labastida Oliván, asiduos de la hoja literaria del periódico, *Los Lunes de «La Brújula»*. La muerte, sin embargo, del barón de Alcalá en 1888 y el avance de Camo, entre otros condicionantes, darían al traste con la Coalición. El último triunfo político de Gasós fue salir elegido como concejal del distrito del Teatro por la Coalición, cuando esta agonizaba, en diciembre de 1889.<sup>39</sup> Ya alcalde (1889-1891) y detentando tal cargo, se trasladó a Zaragoza para agasajar a su jefe político Sagasta, junto a Agustín Loscertales, Máximo Escuer y José Lasierra, cuando aquel pasó por la capital aragonesa en noviembre de 1890.<sup>40</sup>

Tal vez avizorando el futuro político oscuro para el fusionismo oscense, Gasós fue frecuentando más sus visitas y solaces en la finca de Ariéstolas, donde pasaba temporadas relativamente largas.<sup>41</sup> En 1890 observa Gasós cómo es derrotado en la lucha democrática por un acta de diputado provincial,<sup>42</sup> y, por si fuera poco, en una de sus ausencias su casa es saqueada.<sup>43</sup>

Alejado de la vida política desde 1892, Gasós siguió viviendo de su actividad profesional como abogado<sup>44</sup> (llegaría a ser decano del Colegio de abogados oscense) y de sus rentas como propietario rural.<sup>45</sup> Por esta época retoma tímidamente su actividad literaria, abandonada en la práctica desde la fundación del segundo Liceo Artístico Literario de Huesca (1883),<sup>46</sup> establecimiento del que fue director literario. En el número inaugural del órgano periodístico de la institución, *El Liceo*, se detalla cómo Antonio Gasós compartía palco para asistir a las funciones de aficionados en el teatro Principal junto a su amigo y conmlitón fusionista, el avecindado en Chi-

38 *La Crónica*, 29 de abril de 1887.

39 *La Crónica*, 20 de diciembre de 1889.

40 *La Crónica*, 6 de noviembre de 1890.

41 Así, la que reseñó *La Crónica* en su número del 1 de octubre de 1889.

42 *La Crónica*, 10 de noviembre de 1890.

43 Concretamente el robo ocurrió el 27 de septiembre de 1890 (Luis MUR VENTURA, *op. cit.*, p. 335).

44 El 19 de abril de 1900 es nombrado, junto a Luis de Fuentes, redactor de las *Ordenanzas* de los regantes del pantano de Arguis (Luis MUR VENTURA, *op. cit.*, p. 173).

45 En 1899 Antonio Gasós tenía 691,92 pesetas de contribución rústica como propietario (*cfr.* Carmen FRIAS CORREDOIR, *op. cit.*, p. 197).

46 Como primera aproximación a la vida de esta institución cultural, *vid.* Gregorio GOTA HERNÁNDEZ, «Notas oscenses. El teatro en Huesca. El Liceo Artístico y Literario», *El Diario de Huesca*, 13 de mayo de 1933, artículo accesible en mi reedición de las *Notas oscenses...*, *cit.*, pp. 122-124.



Antonio Gasós, con su segunda esposa, Carmen Samitier, y varios de sus nietos.

millas Ismael Molera Albert.<sup>47</sup> En 1893 Antonio Gasós atendió a la llamada de Gregorio Gota Hernández y contribuyó con poesías suyas a la empresa del autor de *Huesca. Apuntes para su historia, La Campana de Huesca*.<sup>48</sup> Así, en el número 3 de la revista (21-V-1893) se lee la poesía «A la Virgen María», en el 4 (4-VI-1893) la composición «Cuento» y en el 40 (4-XI-1894) la oda «A las ruinas de Monte-Aragón», poemas todos ya aparecidos casi cuatro lustros antes en *Flores y espigas*. Nueva sería, empero, la leyenda en verso *La higuera del diablo*, de la cual anticipó algunos versos en *El Diario de Huesca* el 28 de noviembre de 1896.<sup>49</sup>

En estos últimos años del siglo XIX Antonio Gasós decidió pasar el testigo poético a su primogénito Cristino Gasós Samitier, quien comenzó a dar a la imprenta de periódicos locales y nacionales sus efusiones líricas. Eso sí, Antonio contribuyó a

<sup>47</sup> *El Liceo*, n.º 1, 4 de abril de 1883.

<sup>48</sup> Un estudio e índices de la revista se leen en mi artículo, ya citado, «Sinfonías...».

<sup>49</sup> Antonio GASÓS, «La batalla del Alcoraz (fragmento de la leyenda *La Higuera del Diablo*)», *El Diario de Huesca*, 28 de noviembre de 1896.



la conservación patrimonial de la provincia desde su puesto de vocal de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos de Huesca. Su padre Cristino lo había sido desde 1856 hasta su muerte en 1875 y Antonio lo sería desde 1875, año en el que entró en compañía de Luis Vidal, José Nasarre y el arquitecto Justo Formigales.<sup>50</sup> De 1909 a 1918, siendo ya Antonio vocal correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando, el autor de *Flores y Espinas* ejerció de vicepresidente de la Comisión Provincial.<sup>51</sup>

Antonio Gasós se vio obligado a abandonar este cargo honorífico y, prácticamente, toda actividad cuando unas graves dolencias le dejaron mudo, circunstancia que recuerda su hijo Cristino Gasós —quien rememora también la muerte de sus dos esposas y los periodos plácidos de pesca y caza del anciano en Ariéstolas— en la poesía «A mi padre en sus días».<sup>52</sup>

En esta sazón transcurrieron, plácidos, los últimos años de Antonio Gasós y Espluga, hasta morir en la noche del sábado 10 de octubre de 1931. Al día siguiente aparecieron sentidas cronológicas anónimas en *La Tierra* y en *El Diario de Huesca*. Con todo, la más significativa, enfática y reaccionaria —los ramalazos copiados de Ricardo León son manifiestos— fue la elaborada por el compañero de Gasós en la Comisión Provincial de Monumentos Ricardo del Arco, que pasamos a transcribir como colofón de este análisis biográfico:

No hace mucho, falleció don Luis Fuentes; ayer, don Antonio Gasós; varones dignos de recuerdo; hombres de pro, de los cuales no se apartaron —como dice el proverbio— la misericordia y la verdad; pusiéronlas como collar en sus gargantas y las estamparon en las telas de sus corazones. No abandonaron la senda recta para andar por veredas tenebrosas.

¡Qué distinta la Huesca de Gasós a la Huesca de hoy! Bien está —porque es fatal— la evolución de los tiempos; pero entonces, la osadía, el arribismo —como se dice—, no sentaban plaza con tan cínico descaro como hogaño. Había un noble comedimiento, un respeto al derecho ajeno, un sentido de la propia estimación que no son capaces de comprender quienes llevan sobre las espaldas el costal de sus miserias y sus apetitos desenfrenados, y hacen tabla rasa del decoro con tal de saciar sus concupiscencias y sus odios.

Casta de hidalgos la de Gasós; generación oscense que se ha extinguido en el estruendo de las luchas sin cuartel. Nada le faltó a don Antonio Gasós para encarnar el tipo del hidalgo aragonés: ecuánime, bondadoso, digno y entero. Fue poeta inspiradísimo; sus mocedades transcurrieron entre los perfumes de estrofas que no herían, que jamás se emponzoñaron, que nunca cantaron sino ideales levantados. Letrado de fama, fuerista de renombre y decano honorario perpetuo del Colegio de Abogados, su voz se alzó siempre para defender causas justas; nadie salió de su casa sin escuchar un consejo recto y leal. Estos hombres que asistieron a las conmociones políticas de la patria, no perdían la serenidad y supieron guardar limpio el tesoro de ciudadanía desde la cumbre a que llegaron por sus méritos, en la alcancía de la sencillez y del don de gentes.

<sup>50</sup> Ricardo DEL ARCO, *Reseña de los tareas de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos de Huesca (1844-1922)*, Huesca, Vicente Campo, 1923, p. 74.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> Cristino GASÓS SAMBIER, «A mi padre, en sus días», *El Diario de Huesca*, 17 de enero de 1929.

Poseído de criterio artístico depurado, cultivador de la Historia, las Academias le eligieron por su miembro; y la Comisión Provincial de Monumentos, que presidió, recogió muchas veces su parecer docto, encaminado a defender con ahínco la riqueza artística provincial que él cantara con estro levantado y romántico lirismo.

Las adversidades trajéronle hace algunos años una enfermedad que le dejó inactivo; recluido en su casa, don Antonio Gasós ha gozado de una vejez tranquila, sosegada, recio el espíritu. Por eso, para el común de las gentes, don Antonio Gasós no existía, mientras él, día tras día, no con la palabra, que le faltaba, sino con la mente lúcida, repetía el cristiano *hic spectamus donec veniat immutatio nostro*. Y la mudanza trascendente ha llegado, quieta, apacible, como fue quieta, apacible, la vida de este varón de virtudes.

Su nombre llenó una época del vivir local, y en todo momento fue pronunciado con respeto y veneración. Con los mismos con que la posteridad le recordará en la galería de los oscenses beneméritos que honraron a su tierra.<sup>53</sup>

Flaco favor para la posteridad de Gasós, a no dudar, hicieron estas palabras de un profesional de la mixtificación como fue Ricardo del Arco. Ni siquiera recorrió el cronista oficial el título literario por el que Gasós merece un puesto, aun marginal, en las letras nacionales del siglo pasado.

\* \* \*

Como título, las *Flores y espinas* de Antonio Gasós no presentaban ninguna originalidad a la altura de 1877. De hecho, en Toledo y 1865, los poetas Gabriel Bueno y Julián Castellanos y Velasco habían editado un poemario homónimo y, en Burgos y 1862, el asturiano Domingo Hevia y Prieto había colgado *Flores y espinas* de título a su libro de poesías. Tal vez haya que buscar antecedentes a esta moda en los rótulos en el drama en verso de Francisco Camprodón, segunda parte de *¡Flor de un día!*, *Espinas de una flor* (1852) o en el poemario de Mariano Gilabert y Correas *Risa y llanto. Ensayos poéticos* (1859). Este gusto por un sintagma que significase la antítesis y convivencia de dolor y alegría llegaría hasta nuestro siglo, si bien motivado por el relativo éxito del libro póstumo de José Selgas, *Flores y espinas* (1882). En la misma Huesca, Luciano Labastida Oliván<sup>54</sup> publicaría en 1888 *Ayes y sonrisas*, poeta que había tenido a la vista el libro de Gasós; y tampoco faltaron libros muy emparentados, desde la cubierta, con el del oscense, tal que el de Romualdo García Allende, *Lágrimas y esperanzas* (1876), el de Pablo Romero, *Flores del alma* (1858), o el célebre de Ramón de Campoamor, *decano* de todos los citados, *Ayes del alma. Fábulas* (1842).

De nada sirve enhebrar este apresurado listado de títulos si no se desentraña el sentido implícito, el valor de paradigma que tienen en la peculiar estética literaria del periodo comprendido entre los años de 1850 y 1890, aproximadamente. Conviene señalar, contra lo que se suele insinuar insidiosamente en las alusiones des-

<sup>53</sup> Ricardo del ARCO, «In Memoriam. Don Antonio Gasós», *La Tierra*, 14 de octubre de 1931.

<sup>54</sup> Acerca de Luciano Labastida, *vid.* mi breve estudio «El escritor Luciano Labastida Oliván (1863-1926)», *La Campaña de Huesca. Revista de Cultura*, 17 (28 de marzo de 1996), pp. 8-11.

pectivas a este periodo poético,<sup>55</sup> que esta poesía es esencialmente *moderna*, lo que ocurre es que corresponde a una modernidad anterior a lo que se considera oficialmente como *modernista*; en ningún modo debe pensarse en un erial regresivo —la llamada «poesía realista»— que oscurece el *natural* tránsito entre el Romanticismo y el Modernismo. El principio epistemológico de lo que se entiende —y enfrenta ficticiamente, ya en el propio siglo XIX— por «Realismo» e «Idealismo» es el mismo, lo cual explica el bizantinismo estéril de la polémica que enfrentó a supuestos *idealistas* y *realistas* en el tramo cronológico arriba citado. Toda la literatura moderna —entendiendo por moderna la que se genera por una visión histórica del mundo, en el que las cosas sólo se aprehenden a través de un análisis orgánico de su proceso al modo biológico—, nacida del Romanticismo, participa del principio del sentido siempre diferido de las palabras —el horror a la sucesión y al orden inestable que da el signo, el tiempo, frente a la identidad fija del símbolo y de la homogeneidad universal—, de lo que se deriva que en la literatura se plantee el debate de la creación e imitación de *lo natural* bien a través de la expresión simbólica —*idealista*—, por la cual determinadas subjetividades trascendentales (Vida, Voluntad, Dios...; las trascendencias fijadas por Kant, en suma) pueden ser al menos sugeridas y señaladas por la palabra mediante la creación de un mundo «más real que el real», bien a través del convencimiento —que se siente en 1850 como más *moderno* y acorde con los tiempos— de que tales subjetividades trascendentales reposan en un fundamento racional y objetivo cuyo sentido no puede ser designado mediante la palabra poética —sí mediante la Ciencia en un futuro indefinido—, por lo que sólo se puede versificar —en este sentido *realista*— acerca de fenómenos —positivismo—, no de sustancias, acerca de leyes, no de esencias, acerca, en fin, de regularidades, no de seres.<sup>56</sup> Por esta razón se va imponiendo, conforme avanza el siglo, la prosa como «vehículo de la verdad» y a la poesía, que vive un paulatino proceso de *prosificación*, parece costarle su adaptación orgánica a la modernidad y el progreso considerados como principios eternos y *naturales* de la cosmovisión contemporánea. Desde el Romanticismo, por tanto, no hay sino sucesión de modernismos, hasta hoy día, por supuesto.

La poesía de Gasós es, por tanto, realista y *moderna* en su tiempo, como modernas eran las de los modelos inmediatos, señaladamente Campoamor, Selgas y Bécquer. Las «grandes verdades» son asumidas por Gasós al modo *realista*, es decir, a través de una poesía esencialmente apodíctica que señala autenticidades necesarias y universales, en este caso la convivencia de la Vida y de la Muerte, de la Alegría y el Dolor. Considera, como Campoamor o Selgas, que los gestos simbólicos son inútiles o que al menos hay que enfrentarse a ellos con notable escepticismo, por lo que sus poemas exponen *leyes, regularidades y fenómenos, no sustancias, esencias y seres*.

<sup>55</sup> Por fortuna, esta denostada poesía realista va siendo redescubierta, al menos, de la mano de los dos principales estudios de Marta PALENQUE, *Gusto poético y difusión literaria en el realismo español. «La Ilustración Española y Americana» (1869-1905)*, Sevilla, Alfaro, 1990, y *El poeta y el burgués (Poesía y público, 1850-1900)*, Sevilla, Alfaro, 1990.

<sup>56</sup> Cfr. Michel FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, Madrid, Siglo XXI, 1997 [trad. original, 1968], p. 240.

Consecuencia del debate moderno arriba planteado, la apodixis realista se suele resolver en alusiones a la *duda* eterna —si es posible o no la fe, la creencia en una verdad «más allá de lo real», del fenómeno, de la regularidad— o en sintagmas antitéticos que sólo exponen, no explican, tales regularidades. Así deben entenderse el título de *Flores y espinas* y la *moda* poética subyacente.

Descendiendo del umbral ideológico que hace las veces de cobertura explicativa del libro, debe indicarse que en puridad *Flores y espinas* se refiere a la «Primera Parte» del poemario, la dedicada a la memoria de su esposa, Presentación Samitier. La metáfora del sintagma del título se proyecta en un hábil manejo de los dos géneros apropiados para la geminación: el idilio y la elegía.

El proceso orgánico *floral*, idílico, se inicia con el primer poema, de noviazgo prematrimonial; composición *de álbum* doméstico, trufada de un antirromanticismo estético latente, evidenciado por el reconocimiento de la imposibilidad de escribir bajo el designio e inspiración de una Musa *ideal* lejana e inexistente. El siguiente poema, de sabor levemente becqueriano, también puede pasar por una poesía *de álbum* más, circunstancial, fenoménica, sólo tocada por una sacralización inocua de la amada. «Serenata», como bien indica José María de Cossío,<sup>57</sup> indicia una clara influencia del último Zorrilla y es, propiamente, un idilio campestre presentado.

El siguiente poema, también idílico, se fecha en noviembre de 1875, en el vigesimoprimer cumpleaños de Presentación Samitier, dos meses después de la boda con Gasós. Es, decimos, «En sus días», un idilio doméstico, de «ángel del hogar», paradigma incalculable de cómo se homologaba la placidez del hogar del burgués con la expresión del *intérieur* anímico del poeta *realista* decimonónico. Con «¡Muerta...!», en buena lógica, se inicia el proceso *espinoso* de la vida, del fenómeno y la experiencia. Se acerca al poema, en ocasiones, al epicedio, pero nunca llega a alcanzarlo plenamente y se queda en elegía, *ubi sunt* incluido. Destaca la explicitud, bien en la exposición del proceso orgánico, fatal en su ley, de floración y muerte natural del amor físico, bien en la descripción, muy realista, de la descomposición del cuerpo de Presentación. En este sentido positivo, es revelador el condicional que cuelga al posible «más allá» celestial.

Netamente elegíaca, y sin asomo de epicedio, es «¡Recuerdos!», siguiente paso del proceso orgánico descrito, continuado por «Esperanza», cifrada por Gasós en el hijo huérfano que le queda, Cristino Gasós Samitier.<sup>58</sup> De manifiesta imitación campoamorina —y aun becqueriana— es «Dolora». Cierra a la perfección la «Primera Parte», pues en todo caso podríamos considerar el conjunto de poemas que la conforman como una gran «Dolora»; cada uno de ellos señala un lugar tonal, orgánico, histórico, en la curva climática que dibuja el total: del idilio a la elegía y de esta al archivo memorial *dolorido*. Al fin y al cabo, Gasós describe, expone, una regularidad

<sup>57</sup> José María DE COSSÍO, *op. cit.*, p. 1214.

<sup>58</sup> Poesía, por cierto, muy ponderada por José María DE COSSÍO (*ibidem*, pp. 1215-1216).

biológica, que se entiende por natural, con un prosaísmo poético que en ningún momento se pregunta por un «más allá» que explique trascendentalmente la realidad.

La «Segunda Parte» de *Flores y espinas* la componen un puñado abigarrado de composiciones que no obedecen a un plan de sentido poético superior. «A la Virgen María» es un himno mariano en octavas reales donde queda manifiesto el catolicismo del fusionista Gasós; «La Primavera», una reelaboración realista —constatación de la regularidad de la Naturaleza— del tópico del *carpe diem*; «Descanza en paz», elegía a la muerte de su hermana, Susana Gasós; «Romería. San Jorge», romance de circunstancias y de guiño localista que, con los años, serviría de modelo de muchas de las composiciones del poemario de Bernabé Morera Pablo, *Huesca por fuera* (1887);<sup>59</sup> «A las ruinas de Monte-Aragón», oda *ruinista* también de sabor local, versificación de conocidos textos en prosa de Cánovas del Castillo, Carlos Soler y Arqués y Joaquín Costa.

«Cuento. En el álbum de la Srta. Carmen S[amitier].» es de vital importancia, no por su factura, de fábula campoamorina, sino por la vinculación que entraña con la biografía de Antonio Gasós. Como Carmen Samitier sería al poco la segunda esposa de Gasós, la presencia de este poema parece desbaratar el poder elegiaco de todo el libro de 1877 y seguramente sería el detonante de la pendencia entre Gasós y Costa. Pero, bien mirado, esta composición no es sino el certificado de realismo final de *Flores y espinas*: ¡qué mejor que el consejo de «*Se olvida tarde... pero, al fin, se olvida*» que cierra el poema y que se dedica a la que será siguiente esposa del poeta, para garantizar la verdad cotidiana, fenoménica, doméstica y real de todo el poemario! A más de cien años de distancia, se puede decir que Gasós se aplicó el consejo, olvidó la muerte de su primera esposa e, involuntariamente, selló el proceso orgánico de la «Primera Parte» con el inicio de otra fase: vuelta a comenzar, nueva floración.

El resto de las composiciones son las que más deben a la fértil tradición fabulística, y también epigramática, del siglo XIX. «Fábula», «Alegoría» y las cuatro «Doloras» contraen deuda, lógicamente, con Campoamor, y la segunda de las citadas, de manera señalada, con José Selgas.<sup>60</sup> «Madrigal» es un verdadero *ensayo poético*, ejercicio de imitación de modelos clásicos al uso *realista*, tal que «Soneto», y «¡Pobre Madre!» lo es de patetismo caritativo. Abundan en esta cuerda de la lira las composiciones «A las señoras instructoras de las Escuelas Dominicales de Huesca» y «La Caridad». «Declaración», por su parte, no pasa de típica charada eutrapélica que el lector de la época asimilaba a la sección de pasatiempos de cualquier *Museo* o *Ilustración*.

Finalmente, «Meditación» y «Fábula», especialmente este último, vuelven a remitir a la estética de Campoamor, a una tendencia escéptica y moralista por la que al lector se le expone un estado de supuesta antinomia resuelto con un «¿lo ves, lector?» implícito.

<sup>59</sup> Accesible por mi reedición reciente, Alfredo GÓMEZ PÉREZ [Bernabé Morera Pablo], *Huesca por fuera. Colección de poemas*, Huesca, La Val de Onsera, 1996.

<sup>60</sup> Como bien indica José María DE COSSIO (*op. cit.*, p. 1215).

Como era de esperar al tratarse de *Ensayos poéticos*, los poemas de *Flores y espinas* ensayan variedad de ritmos, métrica y rimas, probados por Gasós con más que notable corrección. Hay, eso sí, muchos ripios conducentes a romper la posible fascinación romántico-simbólica, es decir, a crear una sensación, buscada, de prosaísmo creíble, «vehículo de la verdad»; por esta razón no se detectan metáforas brillantes ni hipérbatos bruscos. Predomina la rima aguda y también el verso quebrado, como herencia del romanticismo. Esta sobresaliente utilización de referentes poéticos, tanto en forma como en contenido, extrañaba a José María de Cossío:

Gasós era oscense, y sin duda alejado de los medios literarios madrileños escribe sus versos. Pero si alejado de la vida literaria, debe leer en su retiro de Huesca cuanto se publica de poesía, y todas, o casi todas, las tendencias entonces actuales presionan sobre él, y de ellas se encuentran huellas indudables.<sup>61</sup>

Lo cierto es que este alejamiento no impedía que en Huesca hubiese un grupúsculo culto de aficionados a la literatura, desde los tiempos del Romanticismo, que mantenía, desde el retiro provinciano, relación con lo que se iba publicando en el resto de España. Tal grupo se inició con el círculo de liceístas oscenses (1840-1845), donde sobresalieron Bartolomé Martínez Herrero —a quien pudo conocer Gasós bien en Huesca, bien en Zaragoza (ciudad de residencia de Martínez desde 1854) en sus años estudiantiles—, corresponsal oscense de un buen puñado de publicaciones románticas, y Mariano de Lasala y Larruga, cercano y amigo, según sabemos, de Gasós. Ambos, además, eran estrictamente contemporáneos de su padre, Cristino, con quien coincidieron en la Sertoriana. En los años cincuenta frecuentó la poesía y la compra de libros de actualidad literaria el progresista —amigo de Francisco García López— Joaquín María Cano, y ya en los sesenta, el quinceañero Gasós asistió al nacimiento del *Ateneo Oscense*, en 1866, y de *El Centro Literario*, en 1867. También compartiría aficiones con un joven Costa y los más maduros profesores Carlos Soler y Arqués y Cosme Blasco y Val. Por último, podía acceder a novedades literarias en los salones del Casino Sertoriano, sito en el primer piso de la casona del barón de Alcalá, tan cercana a su casa familiar del Coso Alto. No es, por tanto, *Flores y espinas* fruto de la casualidad, sino de una afición literaria cultivada y refinada por Gasós en sus años juveniles.

#### BREVE NOTA EDITORIAL

La presente edición de *Flores y espinas* se basa en la única existente hasta la fecha (Huesca, Imprenta de Mariano Castanera, 1877) y a su vez en el raro ejemplar conservado precariamente en la Biblioteca Pública de Huesca (signatura B-97, 14705), procedente de la antigua Biblioteca del Instituto de la Provincia de Huesca (regentado a la sazón de 1877 por Mateo Lasala y Villanova, primo de Mariano de Lasala y Larruga) y donado con dedicación autógrafa en la hoja de respeto por el propio Gasós. En esta edición solamente se ha modernizado la ortografía, adecuándola a las normas vigentes.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 1214.

FLORES Y ESPINAS, DE ANTONIO GASÓS ESPLUGA

# FLORES Y ESPINAS.

---

ENSAYOS POÉTICOS

POR

ANTONIO GASÓS.

---

HUESCA.

---

Imprenta de Mariano Castanera.

1877.

*Portada de la edición original.*

Este libro no se publica ni vende.  
Deseo solamente que sirva de recuerdo  
mío a los amigos a quienes lo dedico.  
Con ello satisfará sus esperanzas.

EL AUTOR

PRIMERA PARTE

DEDICADA

a la memoria de mi querida esposa Presentación

A LA SIRTA. PRESENTACIÓN S.<sup>62</sup>

Una grave obligación  
Voy con versos a cumplir;  
Mas es tal mi turbación  
Que no acierto qué decir,  
Hermosa Presentación.

Por más que mi Musa invoco  
Ni una inspiración escucho  
Ni un pensamiento tampoco;<sup>63</sup>  
Que cuando se siente mucho,  
Se sabe decir muy poco.

Te vi un día, te miré;  
No sé qué pasó por mí,  
Ni sé cómo ni por qué  
Preñado de ti quedé  
Desde el punto en que te vi.

Desde entonces por doquier  
Que veo flores crecer  
O miro brillar estrellas,  
Me parece ver en ellas  
El rostro de una mujer.<sup>64</sup>

De una mujer hechicera  
En cuya fresca mejilla  
La rosa halló compañera,  
Y en cuyo semblante brilla  
La luz de la primavera.

De una mujer, luz del día,  
Bella cual la poesía  
De amoroso pensamiento,  
Dulce, como la armonía  
Del ¡ay! que murmura el viento.

Mujer, que ya concebí  
En mis sueños de ilusión,  
Cuando soñando viví...  
Y esa mujer, ¡ay de mí!  
Eres tú, Presentación.

Tú, que ahuyentas la agonía  
Que en mi torno ya no avanza,  
Tú que vuelves, vida mía,  
A mi mente la alegría  
Y a mi pecho la esperanza.

<sup>62</sup> Presentación Samitier Coll (Barbastro, 27 de noviembre de 1854-Huesca, 12 de julio de 1876), primera esposa de Antonio Gasós, con quien contrajo matrimonio en Barbastro el 6 de septiembre de 1875.

<sup>63</sup> Estos versos resultan paradigmáticos para observar una de las características primordiales de la llamada *poesía realista*: la *hipocodificación* deliberada. En el Romanticismo, la hipocodificación se evidenciaba, por ejemplo, en forma de puntos suspensivos frecuentes o en frases admirativas, que pretendían connotar, evocar la presencia real de un mundo de trascendencias. En el realismo, la conciencia de la inutilidad del gesto lírico grandilocuente, en realidad autodeictico, se resuelve en simple exposición objetiva de los fenómenos, prosaica, que pretende manifestar la limitación de la palabra poética para la denotación de entidades supuestamente trascendentales.

<sup>64</sup> La tópica identificación de la *flor* con la mujer se afianzaría, como moda, en el Romanticismo, especialmente con las *ciuletas* románticas y con libros de hermenéutica floral tal que el de J. M. C. Barcelona, *Lenguaje de las flores, aumentado sobre los que se han publicado hasta el día, y mejorado con un diccionario de las pasiones* (1858). Tratándose de *Flores y espinas*, la ubicación de este símbolo al inicio del poemario demuestra la habilidad y conciencia poética de Antonio Gasós.



Tú, en cuyos ojos me miro  
Por beber su luz radiante,  
Tú, cuyo aliento respiro,  
Y en cuyo recuerdo amante  
Continuamente me inspiro.

Tú... pero en vano ya lucho  
Y en vano mi Musa invoco:  
Te amo con delirio loco,  
Y cuando se siente mucho  
Se sabe decir muy poco.  
(15 noviembre 1874)<sup>65</sup>

A MARÍA DE LA PRESENTACIÓN

I  
Rezaba ante una Virgen, siendo niño,  
Que bajada del cielo parecía,  
Y exclamaban mis labios con cariño:  
¡Dios te salve, María!

II  
Hoy, que miro tus ojos seductores  
Y siento de tu aliento la ambrosía,  
Exclamo, al abrasarme en tus amores:  
¡Dios te salve, María!<sup>66</sup>  
(12 enero 1875)

SERENATA

I  
Plácida noche, niña hechicera,  
Húmeda brisa de la ribera  
Del Cinca ameno,<sup>67</sup>  
Mueve en los saucos blanda armonía,  
Y con aroma dulce, exquisito,  
Va embalsamando la galería  
De la casita, donde yo habito.  
Mecido entre unas ramas de zarzamora  
Un ruiseñor amante canta en la huerta,  
Dice a su parda amiga lo que la adora  
Y ella por él suspira de amores muerta.  
Como reina que vaga por su palacio,  
La misteriosa maga cruza el espacio:  
Que si la reina tiene corte de bellas,  
A la luna hacen corte miles de estrellas.  
Los arroyos que corren por la llanura  
Entre campos de juncos y de verdura,  
Son espejos de azogue, franjas de plata,  
Donde la blanca luna su faz retrata.  
Aguas, estrellas, flores, brisas y cantos  
A la callada noche prestan encantos...  
Ángel de mis amores, dulce María,  
Ven a ocupar conmigo la galería.

II  
Ven, ángel mío,  
Ven, que a mi lado  
T'enerte ansio  
Para verme en tus brazos aprisionado,  
Para hacerte la dueña de mi albedrío.  
Si tú vinieras,  
La brisa perfumada del Cinca ameno  
Triste y avergonzada se quedaría:  
Tu virginal aliento, de aromas lleno,  
Tiene más grata esencia, paloma mía.  
El ruiseñor canoro diera entre tanto,  
Suspensión al sonoro y amante canto;  
Que al oír tus palabras, acierta el ave  
Que tu acento es más tierno, tu voz más suave.  
La luna nacarada tuviera enojos  
Al mirarse eclipsada por la fulgente  
Luz de tus ojos;  
Las flores, que se miran en la corriente  
De las aguas del Cinca claras, serenas,  
Las violas, pensamientos y campanillas,  
Mueren de penas,  
Al contemplar las rosas de tus mejillas  
Y de tu blanco pecho las azucenas.  
Consuelo de mi vida, flor de mis flores,  
Aurora bendecida de mis amores,  
Ven, alma mía,  
Ven a ocupar conmigo la galería.

<sup>65</sup> Esta datación explica que este poema fue escrito con motivo de la cercanía del vigésimo cumpleaños de Presentación Samitier Coll.

<sup>66</sup> Es evidente la homologación de María, virgen, y María Presentación Samitier, novia de Casós, así como la proyectada en la *flor* religiosa a María y la *flor* antatoria a María de la Presentación.

<sup>67</sup> El Cinca, modestamente, se une a la tradición clásica de ríos amenos, bucólicos y poéticos tales que el Betis, el Tago o el Danubio. Debe recordarse que el Cinca riega las orillas de Ariéstolas, donde los Casós tenían casa y tierras.

III

¡Qué poca calma,  
Cuánta tristeza  
Tiene mi alma  
Lejos del cielo de tu belleza!  
Ni la noche serena del mes de mayo,  
Ni el de la luna llena lánguido rayo,  
Ni de la blanca aurora la luz naciente,  
Ni la luz tembladora del sol saliente,  
Ni el insecto que salta por entre flores  
Y la pradera esmalta con sus colores,  
Ni la sombra guardada para el Estío,  
Ni la barca pintada que cruza el río,  
Ni la hacendosa abeja que flores liba  
Y si color las deja, de miel las priva;  
Ni de las tiernas aves el dulce coro,  
Ni los mugidos graves del manso toro,  
Ni la espuma y rúido de la cascada,

Ni el caprichoso nido de la becada...  
Ni la luna, ni el río, ni la pradera,  
Nada, ángel mío,  
De cuanto forja bello la primavera,  
Nada me agrada  
Si no lo alumbraba el fuego de tu mirada.  
Ven, pues, bien de mi vida, flor de mis flores,  
Aurora bendecida de mis amores,  
Virginal azucena, perla de Oriente,  
Consuelo de la pena que el alma siente,  
Ven, vida mía,  
Ven a ocupar conmigo la galería;  
Y yo a tu lado,  
Dulce bien mío,  
Viviré entre tus brazos aprisionado  
Y serás tú la dueña de mi albedrío.  
(Ariéstolas mayo 75)<sup>68</sup>

EN SUS DÍAS

Ahora que del dulce sueño  
Despiertas, Presentación,  
De que escuches tengo empeño  
La voz de mi corazón.

La luz del naciente día  
Ya en tu semblante refleja,  
Y el soplo del aura fría  
Produce blanda armonía  
En las parras de tu reja.

Tal vez dulce, cual lamento  
De esa brisa misteriosa,  
Vuela hacia ti el pensamiento  
De tu madre cariñosa;

Y tal vez la lumbre pura  
Que a mirar hoy te dispones,  
Te trae desde otras regiones  
Para aumentar tu ventura,  
Recuerdos y bendiciones.

Mas no el eco lisonjero  
Escuches con alegría;  
Que hoy, que es de tu santo el día,  
En saludarte, el primero  
Quiero ser yo, vida mía.

Yo sí, que en ti contemplaba  
De rico amor un tesoro;  
Que como amante te amaba.  
Que como esposo te adoro.

Bien haya el feliz momento  
En que los dos, ante Dios,  
Llenos de dulce contento,  
Hicimos el juramento  
De amarnos siempre los dos;

Porque en esta unión tan grata  
Sin doblez y sin recelo,  
Claramente se retrata  
La felicidad del cielo.

Que en tu modesta belleza,  
En tu bondad sin igual  
Y en tu amor angelical,  
Hay un sello de grandeza,  
Hay mucho de celestial.

Unido a ti, vida mía,  
En lazo dulce y estrecho,  
Viviré con alegría  
Con tu amor dentro del pecho;

<sup>68</sup> Ortodoxo resulta Casós datando este idilio en el mes de mayo. Ariéstolas es un conjunto de casas perteneciente al partido judicial de Barbastro y jurisdicción de Castejón del Puente, situado en la margen izquierda del Cinca.

Y cuando mi cuerpo inerte  
Vaya dejando su vida  
En los brazos de la muerte,  
Será mi dicha cumplida  
Y bendeciré mi suerte,

Si dando al placer agravios  
Vas sellando mis despojos,  
Con lágrimas de tus ojos  
Y con besos de tus labios.  
(Noviembre 75)<sup>69</sup>

¡MUERTA...!

I

No hace un año, vida mía,  
Que en la Iglesia Catedral,  
Dios unió nuestras dos almas  
Con el lazo conyugal.<sup>70</sup>  
Amaros siempre los dos  
Juramos ante el altar;  
¡Qué juramento tan dulce!  
¡Es tan hermoso el amar!  
La flor de nuestros amores  
Luego empezó a germinar,  
Y en un ser, que aún no existía,

Vinimos pronto a cifrar  
Nuevo amor, nueva esperanza,  
Completa felicidad.<sup>71</sup>  
Mas ¡ay! ¡qué pronto quebróse  
De la ilusión el cristal!...  
¡Fuiste madre y a tu hijo  
Pudiste apenas besar!  
Dios no quiso en este mundo  
Tanta dicha tolerar,  
Porque si no, ¿qué sería  
El cielo de más allá?

II

Ya mis piadosos amigos  
Te llevaron a enterrar,  
Ya destaparon la caja,  
La volvieron a cerrar  
Y ya ninguno en el mundo  
Podrá mirarte jamás.  
En el nicho angosto y sucio  
Te metieron, donde están  
Derritiéndose los rayos  
Del calor canicular.

Mil nauseabundos gusanos  
En tu boca angelical  
Y en tus inocentes ojos  
Rico pasto encuentran ya;  
Y en el nicho, como en medio  
De un inmundado lodazal,  
Entre asquerosas materias  
Tu cuerpo bañado está.

III

Aquellos modestos ojos,  
Aquella risueña faz,  
Aquellas manos de nieve,  
¿Qué se hicieron, dónde están?<sup>72</sup>  
¡Ay! tan sólo unos cabellos  
Mis labios pueden besar,  
Que el aroma que exhalaban  
Apenas exhalan ya.

Cuando los miro y los beso,  
Me pongo a considerar  
Que voy a pasar la vida  
Sin poder verte ya más,  
Que de tus tiernas caricias  
Ya nunca podré gozar,  
Que estará ya siempre solo  
Nuestro tálamo nupcial,

<sup>69</sup> Fechable con exactitud el 27 de noviembre de 1875, este poema de beatitud doméstica se relaciona, en el proceso floral de esta «Primera Parte», con el primero de la serie y libro. La novia-flor se ha transformado en tópico «Ángel del hogar» eudemonológico.

<sup>70</sup> Como es sabido, Antonio Gasós casó con Presentación Samitier en Barbastro el día 6 de septiembre de 1875.

<sup>71</sup> Se refiere, claro es, a Cristino Gasós Samitier, cuyo nacimiento precipitaría la muerte de Presentación.

<sup>72</sup> Rescritura del tópico del *Ubi sunt?*

Que le hablaré a tu retrato  
Y no me responderá,  
Que no escucharé el acento  
De tu voz angelical,  
Que viviré en este mundo

En terrible soledad  
Y que en mi negra desgracia  
Tan solo podré esperar  
La ventura de morir  
Para acabar de penar.

IV

Ayer por ti, vida mía,  
Vi mucha gente llorar;  
Hoy lloran por ti muy pocos,  
Mañana ¿quién llorará?...  
Cuando nadie en este mundo  
Piense en recordarte ya,  
Cuando ni oración ni llanto  
Tu memoria haga brotar,  
Cuando nadie por ti sienta  
Ni una sombra de pesar,  
Tu recuerdo santo y puro  
En mi pecho vivirá;

A Dios rezaré por ti,  
Pues me enseñaste a rezar;  
Veré, doquiera que mire,  
Tu imagen angelical;  
La pena del alma mía  
Mis ojos empañará;  
Tu retrato y tu cabello  
Siempre en mi boca estarán,  
Y allá en el fondo del alma  
El eco resonará  
Del último «Antonio mío»  
que te escuché pronunciar.

V

¿Por qué ya no puedo verte?  
Vida mía, ¿dónde estás?  
¿Eres tú la vil materia  
Que en el sucio nicho está?  
Si eres tú, ¿por qué te dejo  
En completa soledad  
Y su presa a los gusanos  
No me lanzo a disputar?  
Si eres tú, ¿por qué tus restos  
No recojo con afán?  
¿Por qué dejo abandonados  
Tanto amor, tanta bondad?

Si eres tú, ¿por qué mi cuerpo  
Tras de tu cuerpo no va  
A hundirse en el mismo polvo  
Siguiendo una suerte igual?  
Y si no eres tú ese polvo  
Que en el sucio nicho está,  
Si no eres lo que se encierra  
Tras la losa sepulcral,  
¿Dónde te ocultas, bien mío?  
¿Vida mía, dónde estás?

VI

¡Ay! tú no eres ese polvo  
Que en el sucio nicho está,  
Porque el polvo es el olvido  
Y no te puedo olvidar.  
Tú vives, esposa mía,  
Y eres aún mi ideal,  
Vives en mi pensamiento,  
Vives en la eternidad.  
A donde quiera que voy,  
Tu apacible sombra va;  
Para adorar tu recuerdo  
Tengo en mi pecho un altar,

Y en las tardes del Estío,  
A la luz crepuscular,  
Tras de las nubes de rosa  
Que en el firmamento están,  
Contemplo tu imagen pura  
Que me mira sin cesar,  
Y señalando amorosa  
Un cielo de más allá,  
Me dice con dulce acento:  
«Te espero en la eternidad».

(Agosto de 1876)<sup>73</sup>

<sup>73</sup> Datable, por referencias internas, el día 14 de agosto de 1876, uno después del enterramiento de María de la Presentación Samitier Coll, verificado el 13 de agosto.

¡RECUERDOS!

I

Por plazas y calles  
El eco resuena  
De música grata  
Que el aire enajena.  
Tranquila y dichosa  
La gente pasea,  
Gozando el contento  
Que todo lo llena.  
Yo solo entre tanto  
Que escucho la fiesta,<sup>74</sup>  
Metido en mi cuarto  
Me muero de pena:  
Que ajenos placeres  
Al alma recuerdan

Pasadas venturas,  
Presentes tristezas.  
También yo reía  
También halagüeña  
Mostróme Fortuna  
Su plácida rueda;  
Mas ¡ay! acabaron  
Las dichas aquellas,  
Murió mi esperanza,  
Morí yo con ella;  
Y hoy, solo en mi cuarto,  
Transido de pena,  
Suspira mi pecho  
Presentes tristezas.

II

Huyendo del mundo  
Busqué en una aldea<sup>75</sup>  
Remedio a mis males,  
Consuelo a mis penas.  
Sali a la ventana,  
Y vi que serena  
La noche lucía  
Su manto de estrellas.  
La luna inundaba  
De rayos la tierra;  
Del Cinca cercano  
Las aguas serenas,  
Cual banda de plata,  
Cercaban la vega.  
¿Por qué los pesares  
Aquí no me dejan?  
¡Ay triste! la noche  
De sombras cubierta,  
La luna y el Cinca  
También me recuerdan  
Pasadas venturas,  
Presentes tristezas.

También una noche  
Tranquila y serena  
Palabras de amores  
La dijo mi lengua.  
También una noche  
De hermosas estrellas  
A orillas del Vero<sup>76</sup>  
Velé junto a ella.  
También una noche  
De ruda tormenta,  
Crucé el turbio Cinca<sup>77</sup>  
Tan sólo por verla.  
También una noche  
¡Qué noche tan bella!  
A Dios en su templo  
Juréle quererla.  
Mas ¡ay! se acabaron  
Las noches aquellas,  
Y el alma doliente  
Tan sólo recuerda  
La noche en que, vivo,  
Lloréla ya muerta,

<sup>74</sup> La muerte de Presentación coincidió con el pleno desarrollo de las fiestas locales oscenses dedicadas a san Lorenzo.

<sup>75</sup> Ariéstolas, claro es.

<sup>76</sup> El Vero es el río que pasa por Barbastro, ciudad donde residía la familia Samitier Coll y, por tanto, testigo del noviazgo de Gasós y Presentación Samitier.

<sup>77</sup> En buena lógica, al estar situado Ariéstolas en la margen izquierda del río Cinca, es necesario cruzar este afluente del Ebro para dirigirse a Barbastro.

JUAN CARLOS ARA TORRALBA

La noche en que, blanca,  
Como una azucena,  
En medio yacía  
De pálidas velas.  
¡Qué noche tan larga!  
¡Qué noche tan negra!  
También la alumbraban  
Las mismas estrellas,  
También de la luna

La luz cenicienta,  
También... ¡ay! por eso  
Me muero de pena;  
Que el sol y la luna  
Y el mundo y la aldea,  
Callando me dicen  
Que vivo sin *ella*.

(Agosto 76)<sup>78</sup>

ESPERANZA

I

En mitad de la dicha pasajera  
Que a mi lado gozó la esposa mía,  
Muchas veces recuerdo que decía:  
—¿Me harás versos también, cuando me muera?

Si hablando medio en serio, medio en broma,  
Cumplir su petición la aseguraba,  
De sus cándidos ojos de paloma  
Una lágrima dulce se escapaba.

II

Era mi tierna esposa  
Buena, inocente, cándida y cristiana,  
Ciclo sin nubes, sin espinas rosa,<sup>79</sup>  
Ángel de caridad en forma humana  
Al suelo trasplantado,  
De gracia y de virtud raro modelo,  
Regido y animado  
Por un soplo de espíritu del cielo.  
La amé; me amó; la luz de la mañana  
De su vida temprana  
El horizonte iluminó sereno;

Dios bendijo su unión y sus amores,  
Y otro amor celestial nació en su seno,<sup>80</sup>  
Como nacen los frutos de las flores.  
¡Otro amor! ¡ay de mí! Dios no ha querido  
Su dicha consentir tan anhelada,  
Pues al gozar de bien tan soberano  
La mano de la muerte despiadada  
La arrancó de su lecho bendecido,  
Como arranca el milano  
A la amorosa tórtola cuitada  
Del regalado venturoso nido.

III

¡Hijo del alma mía,  
Dulce recuerdo del amor perdido,  
Prepárate a llorar, pues la alegría  
Ni aun te quiso mirar recién nacido!  
Al lado de tu cuna,  
La desdicha venciendo a la fortuna,  
Murió tu madre, sin poder dichosa  
Nutrirte con su sangre generosa,  
Ni enseñarte a sentir como sentía,  
Ni oír que la llamasas «Madre mía».  
Prepárate a llorar, mi pobre niño;  
No puede, no, mi paternal cariño

Suplir de aquel amor el tierno lazo;  
Ya gozar no podrás de sus excesos,  
Ni dormir al calor de su regazo,  
Ni despertar entre sus dulces besos.  
Cuando a tus labios la palabra acuda,  
De madre el nombre invocarás en vano;  
Inútilmente pedirás su ayuda,  
Nunca jamás la besarás la mano.  
En mitad de las sombras de la vida  
Buscarás un asilo y un consuelo;  
Pero en vez de exclamar «¡madre querida!»  
Suspirarás y mirarás al cielo.

78 Fechable, aproximadamente, a finales de ese mes de agosto de 1876.

79 Referencia intratextual al segundo término del sintagma que da título al poemario.

80 El citado Cristino Gasós Samitier, al que se dedica el subapartado tercero de la composición.

IV

Y yo ¡triste de mí! yo que veía  
Transcurrir a su lado  
Todo un cielo de amor en sólo un día,  
Soñando en lontananza  
Cuanto puede soñar una esperanza;  
Yo que el placer juzgando duradero  
Mi existencia cifraba en sus amores,

Yo que la di mi corazón entero,  
Mi voluntad rendida,  
Mis ansias, mis dolores,  
Mi fe, mi libertad, toda mi vida,  
Hoy gimo desolado  
Entre abismos de pena sepultado.

V

Tristes recuerdos del amor perdido  
No os apartéis de la memoria mía,  
Vosotros dais al corazón herido  
Momentos de expansión y de alegría;  
Vosotros del olvido  
Las sombras disipáis con sopro blando  
Y al alma cariñosos vais mostrando  
Esa ciencia divina de consuelo,  
Que sólo encuentra dichas en el cielo.

No os apartéis de mí, dulces memorias  
De la mujer que amé y a quien adoro;  
Falaces ilusiones, vanas glorias,  
Ya no servís para enjugar mi lloro;  
Las dichas de la vida transitorias,  
Las horas de ilusión, los sueños de oro,  
Ante la Muerte helada  
Son ridículas sombras de la Nada.

VI

En mitad de la pena negra y dura  
Hay también un placer y una esperanza;  
Que el placer de llorar la desventura  
Es la dicha mayor que el alma alcanza:  
Bien del mundo esperar, es ya locura,  
La muerte sólo ofrecerá bonanza;  
Porque al cabo y al fin es nuestra suerte,

Llorar la vida y esperar la muerte.  
¡Esperar y llorar! ¡Bello consuelo!  
Divina inspiración, eterno encanto,  
De ese Dios de Israel tres veces santo,  
Que con sublime paternal anhelo  
Para endulzar las penas, nos da llanto,  
Para gozar de un bien, nos guarda un cielo.

VII

¡Ay! no te olvidaré; triste, sombrío,  
Con llanto regaré las mustias flores  
De tu sepulcro frío;  
A este niño precioso,  
Recuerdo celestial de tus amores,  
Enseñaré gozoso

Tu nombre a pronunciar antes que el mío;  
Y cuando acabe de mi vida el plazo  
La vida dejaré con santa calma,  
Para atar en el cielo el dulce lazo,  
Que la muerte cortó y anhela el alma.

DOLORA

I

Del Vero entre las márgenes verdosas,<sup>81</sup>  
Sus dulces ojos contemplaba yo;  
Hoy contemplo las aves y las flores,  
Sus ojos, no.

II

¡Ay! ¡cuántas veces mi amoroso labio  
Su frente melancólica besó:  
Besar hoy puedo su retrato mudo,  
Su frente, no.

<sup>81</sup> Tras el Cinca, ahora le toca el turno bucólico-ameno al Vero, río de Barbastro, ciudad, repetimos, en que residía la familia Samitier-Coll. Los ecos becquerianos —y campoamorinos— son manifiestos en esta poesía.

III

Viven las flores, que sembró su mano,  
Las pobres yerbas que su planta holló,  
La tortolita que arrulló sus sueños...  
Mas ella, no.

SEGUNDA PARTE

A LA VIRGEN MARÍA<sup>82</sup>

Fama de Nazaret, gloria de Oriente,  
Rosa de Jericó, Virgen piadosa;  
Si el eco triste de mi voz doliente,  
Si de mi labio la canción medrosa  
Llega al trono de luz resplandeciente  
Donde tienes tu gloria esplendorosa,  
Alienta grata la esperanza mía;  
Virgen Madre de Dios, dulce María.

Una mujer en el Edén hermosa  
Por serpiente diabólica inspirada,  
Imprudente gustó la fruta odiosa  
Por el Supremo Bienhechor vedada;  
El dulce fruto presentó la esposa,  
Más que nunca gentil y enamorada,  
Al hombre débil, que quedó manchado  
Con la temida mancha del pecado.

Otra mujer de celestial encanto  
En las playas creció de Galilea;  
Dios la creó para lavar con llanto  
Del pecado fatal la mancha fea;  
En su pecho lució sublime y santo  
Del infinito amor la eterna tea,  
Y su nombre brilló de gracia lleno  
Al ser templo de Dios su casto seno.

¿Quién superior a ti? ¿Quién tu grandeza  
Puede decir con el lenguaje humano?  
Dios al crear tu celestial belleza,  
Casi forzó su omnipotente mano;

De Bondad y de Amor y de Pureza  
Emblema fuiste hermoso y soberano  
Y en justo pago de tu amor profundo  
Te adora el cielo, te bendice el mundo.

Cuando la aurora por Oriente asoma  
El pájaro te ofrece su armonía,  
Sus primeros arrullos la paloma,  
El prado su verdor y lozanía,  
Las frescas flores su naciente aroma,  
Y el aura leve hasta tu trono envía  
En caprichosos y revueltos giros  
Canciones y perfumes y suspiros.

Canta tus glorias el marino errante  
Cuando rugiente la tormenta estalla,  
El soldado te invoca agonizante  
En mitad de los campos de batalla,  
La pobre viuda o la olvidada amante  
Te cuenta triste lo que el mundo calla,  
Y tu clemencia celestial implora  
El que ama y el que muere y el que llora.

¡Ay! yo lloro también, mi vida flota  
Entre las olas del dolor insano,  
Como la nave abandonada y rota  
Entre el turbio cristal del Océano.  
Para arribar hasta la playa ignota,  
Quizá, ¡in felice! me fatigo en vano:  
Si de tu amor el faro no me guía  
¡Ay! ¿Qué será de mí, Virgen María?

<sup>82</sup> Esta composición es una *Flor...* a la María cristiana. La devoción marianista, arraigada en Huesca a la sazón (fue famosa, precisamente, la romería al Pilar zaragozano de mayo de 1877, encabezada por los hermanos Bruno y Serafín Casas y Abad, entre otros —*Boletín Oficial del Obispado de Huesca*, año 26, n.º 11, 24 de mayo de 1877—), quedó sancionada en el siglo XIX con los acuerdos vaticanos de los años 40 y 50 —especialmente el de Gregorio XVI, del 8 de enero de 1845, por el que se concedía indulgencia plenaria a todos los asociados a la *Corte de María*— y que culminarían con la institución de la fiesta del dogma de la inmaculada concepción en 1854. En este sentido, Antonio Gasós conocería el poemario del romántico oscense Bartolomé Martínez Herrero, *La Corte de María. Visita diaria a la Reina de todos los ángeles y santos y Madre del hermoso amor*, Zaragoza, Imprenta y Librería de Cristóbal y José María Magallón, 1853. También fue muy leído el libro de Dámaso Calvo y Rochina, *Violeta religiosa para ofrecerse con la estación ante los santos sagrarios, Jueves y Viernes santos o en las Cuarenta Horas* (1846). «A la Virgen María» fue publicada, casi veinte años más tarde, en el número 3 (21 de mayo de 1893) de *La Campana de Huesca*.



LA PRIMAVERA

I

Brotan las tiernas flores  
 En la pradera.  
 Alzan los ruiseñores  
 Su voz parlera.  
 La tierra toda tiene  
 Su faz primera...  
 Gozad, niñas, que viene  
 La Primavera.

Ya de la aurora la fresca cuna  
 Orlan mil tintas de ópalo y grana,  
 Y mientras duerme la blanca luna  
 La luz despierta de la mañana;  
 Ya de las auras primaverales  
 Suenan confusas las armonías,  
 Y entre las ramas de los rosales  
 Dan a la aurora los buenos días;  
 Ya los jilgueros y ruiseñores

En la enramada que el viento orea  
 Cántico entonan de sus amores  
 Mientras su nido se balancea;  
 Ya inconstante y traviesa la mariposa  
 Salta de rama en rama, de rosa en rosa  
 Y liba de las flores el grato aroma  
 O se posa en las alas de la paloma;  
 Ya de zafir y grana se cubre el cielo  
 Y de esmeralda y rosa se cubre el suelo;  
 Ya los vientos exhalan acentos suaves,  
 Murmuran los arroyos, aman las aves,

Alzan los ruiseñores  
 Su voz parleta,  
 La tierra toda tiene  
 Su faz primera...  
 Gozad, niñas, que viene  
 La Primavera.

II

Niñas, como en los años hay en la vida  
 Una estación dichosa, dulce y querida,  
 Todo cuanto extasiada la vida alcanza  
 Se cubre con el manto de la esperanza;  
 Vuela con alas suaves el pensamiento,  
 El corazón dilata su movimiento  
 Y el alma sin pesares, respira en tanto  
 Atmósfera de amores, placer y encanto...  
 Mas ¡ay! al fin se secan las ilusiones,  
 Respiran débilmente los corazones,  
 Y el frío del invierno, como en los años,  
 Trueca las esperanzas en desencantos.  
 Que la flor de la vida, porque Dios quiere,  
 Nace, se desarrolla, vegeta y muere;  
 Y tan sólo sus galas luce hechicera  
 Cuando la presta encantos la Primavera.

La Primavera, niñas, a amar convida;  
 Hoy, que es la primavera de vuestra vida,  
 Gozad, antes que llegue con sus rigores  
 La nieve que aniquile vuestros amores.  
 Ya su mirada ostenta la fresca aurora,  
 Ya sus gracias esparce la fértil Flora,  
 Ya los vientos exhalan acentos suaves,  
 Murmuran los arroyos, aman las aves,  
 Alzan los ruiseñores su voz parlera,  
 Brotan las tiernas flores  
 En la pradera  
 De sus vivos colores  
 Haciendo alarde...  
 Gozad, niñas, que viene  
 La Primavera,  
 Gozad, porque *mañana*  
 será ya tarde.<sup>83</sup>

DESCANSA EN PAZ

A LA MEMORIA DE MI HERMANA

—¿... es la tierra el centro de las almas?<sup>84</sup>  
 (ARGENSOLA)

Como dos ramas a la par nacidas  
 De un solo tallo que las da alimento,

Así juntas corrieron nuestras vidas,  
 Hermanas en amor y en sentimiento.

<sup>83</sup> Reelaboración del tópico del *Collige, virgo, rosas...*, oportuna en este libro de floración y marchiteces.

<sup>84</sup> Parte final del epodo del célebre soneto de Bartolomé Leonardo de Argensola que principia «Dime, Padre común, pues eres justo...». Esta referencia clásica explicaría muchas de las resonancias horacianas y argensolistas, desde luego,

Horas de encanto, por mi mal perdidas,  
Ilusiones quizá del pensamiento,  
Fueron ¡ay! los momentos de ventura,  
Que por siempre cortó la Parca dura.

¡Ay! cuántas veces tu amoroso labio  
Cariñosos consejos me decía,  
Y cuántas ¡ay! por evitar tu agravio  
Mis vicios y mis faltas corregía.

Todas las noches con placer, que impreso  
En tu rostro amantísimo llevabas,  
Al lecho paternal te aproximabas  
Y con afable y cándido embeleso  
A nuestro amado padre santiguabas,  
Dejando alegre en cada cruz un beso.

Después entrabas en la estancia mía,  
Removiendo mi sueño y mi pereza,  
Tu labio cariñoso me decía:  
—No duermas sin rezar; Antonio, reza.  
Y yo al oír tu candoroso acento  
Entre los sueños de mi mente loca,  
Me acordaba de Dios por un momento,  
Porque me hablaba Dios desde tu boca.

Mas ¡ay! todo pasó; la Muerte fiera,  
Que ni en bondad ni en juventud repara,  
Cortó con mano aleve  
El hilo de tu vida pasajera  
Y la ilusión de tu existencia breve.  
Transido el corazón, ardiente el pecho,  
Corrió a raudales rápido y sombrío  
Mi sentimiento en lágrimas deshecho...  
Mas ¡ay! el llanto mío  
Es agua que se hiela  
Ante la losa del sepulcro frío.

Ayes, suspiros, pesadumbres, quejas,  
Lágrimas de dolor... ¡todo fue vano!  
¡Terrible realidad que así me dejas!  
¡Amarga condición del ser humano!  
Nace para sufrir; del alma herida  
Llantos y penas a su paso vierte,  
Y vuela su existencia dolorida

Desde el mentido instante de la vida  
A la verdad eterna de la muerte.

¡Terrible condición de nuestro ser,  
Que flota entre la dicha y el pesar,  
Entre el deber sagrado de querer  
Y obligación precisa de olvidar!

¡Olvido! no... malévolas falsías  
Que borra del amor los dulces lazos...  
No lo temas de mí, Susana mía,  
Primero que olvidarte, en mil pedazos  
Mi ingrato corazón desgarraría.

En la casa, en las calles, en el templo,  
Tu retrato purísimo se mece,  
Y el sublime recuerdo de tu ejemplo  
Ante mis turbios ojos aparece.

Cuando por dar al ánimo reposo  
Y calmar del dolor la pena dura,  
Salgo de la ciudad al campo hermoso  
Cubierto de esperanza y de frescura,  
Contemplo en el espacio silencioso  
Un sol de melancólica dulzura,  
Un *no sé qué* de misterioso encanto,  
Tierna expresión de tu recuerdo santo.

¡Descansa en paz! tu vida pasajera  
Fue una luz nada más de estrella errante,  
Una brisa fugaz de primavera,  
Una ilusión que se acabó al instante.  
Que eras un ángel de virtud modelo,  
Y Dios lleva los ángeles al cielo.

Al cielo sí, donde la Virgen mora,  
Donde entre nubes de amaranto y grana,  
Luce brillante la eternal aurora  
De un día sin ayer y sin mañana.

Húndese en polvo la materia inerte  
Y deja el alma el lodazal mundano.  
¡Terrible realidad la de la muerte!  
¡Santa resignación la del cristiano!

(27 febrero 1873)<sup>85</sup>

del poema anterior de Gasós, «La Primavera», eco lejano y *realista* (recuérdese que el libro primerizo de José Selgas fue *La Primavera* —1850—) de la composición de Bartolomé Leonardo «Canción a la Primavera». También se entiende de forma cabal la presencia de madrigales, ríos amenos (Cinca y Vero...), etc. en este poemario de 1877.

<sup>85</sup> Susana Joaquina Gasós Espluga había nacido en Huesca el 24 de mayo de 1848. Casada con Javier Fortuño, fallecería en la ciudad el 10 de febrero de 1873.

ROMERÍA  
SAN JORGE

I

Niñas de ojitos azules,  
Muchachas de ojitos negros,  
Ya se despierta la aurora,  
Tiñendo de rosa el cielo;  
Ya los pajaritos cantan  
Sus melodiosos gorjeos  
Y abren las pintadas flores  
Su cáliz de esencias lleno...  
Despertad, hermosas niñas,  
Dejad vuestro blando lecho,  
Vestid un vestido corto  
Flotante a merced del viento  
Y en zapatito escotado

Sujetad vuestro pie estrecho;  
Tomad en la mano flores  
Que embalsamen el aliento;  
Y con la faz perezosa  
Y descuidado el cabello  
Y con el pecho agitado  
Y con los ojos de fuego,  
Marchad niñas a San Jorge,  
Subid al gallardo cerro,  
Que allí entre bromas y fiestas  
Y procesiones y rezos  
Se pueden formar amores  
Y renovar juramentos.

II

Mamás de grave mirada  
Y continente severo,  
Mamás de niñas bonitas,  
Despertad de vuestro sueño;  
Vestid con traje largo,  
Por si es indiscreto el viento,  
Cubrid con mantilla espesa  
Vuestro canoso cabello,  
Tomad un grueso rosario,

Más que rosario aderezo;  
Y acompañando a las niñas,  
Que os recuerdan otros tiempos,  
Marchad con calma a San Jorge,  
Subid al esbelto cerro,  
Que allí entre gritos y bailes  
Y amorosos devaneos,  
Se puede rezar al santo  
Y alzar los ojos al cielo.

III

Oscenses que amáis de veras  
Las glorias de vuestro pueblo  
Y de vuestra patria historia  
Guardáis el grato recuerdo;  
Oscenses que, ante el embate  
Del huracán de los tiempos,  
Conserváis la Fe en el alma  
Y la Esperanza en el pecho;  
Oscenses, que las costumbres  
Seguís de vuestros abuelos  
Rindiendo a la Cruz bendita  
Veneración y respeto...  
Marchad, marchad a San Jorge,  
Subid al pintado cerro,  
Que desde allí se descubre  
El verdoso llano extenso  
Dó el estandarte cristiano  
Venció al pendón agareno;<sup>86</sup>  
Allí de Alcoraz se admira

El fértil y hermoso suelo,  
Que muestra en dulce esperanza  
Su próximo fruto incierto;  
Allí por los aires suena  
Clamoroso campaneo,  
Que con su lengua demanda  
Las bendiciones del cielo;  
Allí las penas se olvidan  
Y ceden los sufrimientos,  
Pues todo allí es alegría  
Y animación y contento.  
¡Bien hayan la Cruz bendita  
Y los pasados sucesos,  
Que dan un tinte tan dulce  
A este popular festejo;  
Y bien haya el pueblo mío  
Que venera con respeto  
En cada cruz una gloria  
Y en cada ermita un recuerdo...!

<sup>86</sup> Según la leyenda, san Jorge, patrón de Aragón, apareció en la batalla del Alcoraz (1096), ayudando al triunfo de los cristianos. Parte de la leyenda en verso de Antonio Gasós, *La higuera del diablo*, se dedica a la descripción de la bata-

JUAN CARLOS ARA TORRALBA

A LAS RUINAS DE MONTE-ARAGÓN  
ODA<sup>87</sup>

Dormid en paz y en solitaria calma,  
Troz de gloria del hispano suelo,  
¡Dormid en paz...!  
Vuestra vida pasó; todo en el mundo  
Tiene marcado un límite a su vida,  
Todo perece.

Desde el león que en el desierto ruga  
A la paloma que en el bosque arrulla,  
Todo termina;  
El hombre, que es de Dios la obra suprema,  
Se agosta, cual la flor; lo que más vale,  
Muere más pronto.

Entre las sombras de la historia antigua,  
Como una estrella entre apiñadas nubes,  
Brilla Alejandro,  
Y la flor de su vida se deshoja,  
Porque no puede sostener el peso  
De gloria tanta.

César, el genio de los grandes genios  
De la ciudad más grande de la tierra,  
César, murió.  
Dios no quiso segar mies tan lozana,  
Y de Bruto el puñal, con loco intento,  
Segó la mies.

Jesús, el hombre-Dios, que en su clemencia  
Vino a mostrar al hombre su doctrina,  
Murió en el Gólgota.  
Era Dios con humana vestidura,  
Y al morir, como todo, murió a manos  
Del hombre mismo.

Muere el arroyo cuando llega al río,  
Agótase la fuente cristalina,  
La flor se seca,  
El céfiro se pierde en la enramada,  
Y al alto roble y al copudo pino  
Desgaja el rayo.

Hombres, fieras y pájaros y flores,  
Voces, trinos, colores y perfumes...  
Todo concluye.  
Esta es del mundo la fatal carrera,  
Este es el fin de la terrestre vida,  
¡Muerte y olvido...!

¡Duerme, Monte-Aragón! tus piedras toscas  
Por el tiempo y los hombres hacinadas,  
Velan por ti.  
¡Duerme Monte-Aragón, duerme tranquilo!  
La fama de tu gloria y tu recuerdo,  
Conserva el mundo.

Cuando la noche de tinieblas llena  
Por las cumbres de Guara se desliza  
Pausadamente,  
Y cuando el rostro nacarado asoma  
Tras las nubes, la antorcha de las ruinas,  
La blanca luna;

Entonces en las alas de los vientos  
Y entre las plumas de nocturnas aves,  
Vuelan confusos,  
Espíritus de célebres varones,  
Genios de fe, de honor y de hidalguía,  
Que en ti moraron.

Testigos fueron de tus grandes hechos,  
Testigos de tu gloria, y les asombra  
Mudanza tanta.  
Por eso gimen al besar tus muros,  
Por eso vagan misteriosamente,  
Por tus contornos;

Que al mirarte deshecho y corroído  
Y, más aún que ruinoso, devastado,  
De espanto tiemblan,  
Porque sospechan que corriendo el tiempo  
No están seguros en sus viejas tumbas  
Sus propios restos.

lla y del sobrenatural suceso. El 23 de abril, día de San Jorge, es costumbre celebrar romería al cerro homónimo. No faltan poemas costumbristas y festivos en todo el siglo XIX que evocan y celebran la romería, aunque el más logrado, sin duda, sería el «San Jorge» de Bernabé Morera Pablo, recogido en *Huesca por fuera. Colección de poesías* (1887).

<sup>87</sup> Sobre la métrica, contenidos, tópicos (*Ubi siml...*) y fuentes de este poema, escribí en su día el artículo, ya citado, «A las ruinas...». La oda fue reaprovechada para su publicación en el número 40 (4 de noviembre de 1894) de *La Campaña de Huesca*. Bernabé Morera Pablo parodió el tópico ruinista en «Mont-Aragón», poema del libro *Huesca por fuera*, señalado en la nota anterior.

CUENTO  
EN EL ÁLBUM DE LA SRTA. CARMEN S.<sup>88</sup>

I

«La encantadora Pilar,  
Niña graciosa y bonita  
Que al sol de los quince abrilés  
Miraba correr su vida,  
Fijó sus ojos de cielo  
En las radiantes pupilas  
De un mancebo, que habitaba  
En una casa vecina;  
Y como tiene el amor  
La noble prerrogativa  
De hallar en los pechos tiernos  
Más agradable cabida;  
Y como el que se enamora  
Primero *ve*, después *mira*,  
Luego *siente*, *quiere* y *ama*,  
Y por último, *delira*,  
Pilar vio, miró, sintió  
Y amó con esa fe viva

Con que aman sólo muchachas  
Inocentes y bonitas.

Hubo promesas de amor,  
Hubo misteriosas citas,  
Hubo trencitas de pelo  
Y ramos de clavellinas,  
Y en una noche serena  
De la luna a la luz tibia,  
Hubo un beso, más sabroso  
Que la miel y que el almibar.

Entre suspiros, miradas,  
Entre epístolas y citas  
Y amorosos devaneos,  
Pasó un año de delicias...  
Mas un año de placer  
Es muy corto en esta vida,  
Pues los años son segundos  
En el reloj de la dicha.

II

Cubiertas las trenzas de oro  
Por una espesa mantilla,  
Con los ojitos llorosos  
Y pálidas las mejillas,  
Entraba en su casa ayer,  
Ayer por la mañanita  
La encantadora Pilar  
Ruborosa y pensativa.

Hondos pesares, sin duda,  
En su corazón anidan  
Cuando a pájaros y flores  
Ni da riego, ni acaricia.

En vano quiere Pilar,  
En vano intenta la niña  
Disimular sus pesares  
Y aparentar alegría.

En vano; que cuando el alma  
Por hondo dolor suspira,  
Falta expresión a los ojos,  
Falta a los labios sonrisa;  
Y la niña que no ríe  
Y cuyos ojos no brillan,  
O ha comenzado a sentir  
O sabe ya que no es niña.

Pilar llora, porque siente,

Y siente, porque no olvida,  
Y no olvida, porque adora,  
Y adora, porque es muy niña.

¡Pobre Pilar! el doncel  
Que tanto amor la ofrecía,  
Trocó el amor en olvido  
Y a otra rindió sus caricias.

Por eso llora Pilar,  
Por eso triste suspira,  
Por eso se empaña el cielo  
De sus azules pupilas.

A su madre se quejaba  
Y su madre la decía:  
—Un clavo rompe otro clavo,  
Un amor otro amor priva,  
Tras una esperanza muerta  
Hay otra esperanza viva,  
Ausencias causan olvidos;  
Olvida, pues, hija mía,  
Que la mancha de la mora  
Con otra verde se quita.

Y la niña suspirando,  
Solamente respondía:  
—¡Ay! madrecita del alma,  
*Quien bien quiere, tarde olvida*».

<sup>88</sup> María del Carmen Samitier Coll, nacida en Barbastro el 17 de julio de 1858 y hermana de Presentación, primera esposa de Antonio Gasós, con quien casaría, al enviudar este, el 5 de marzo de 1878.

III

Hasta aquí llega el cuento,  
Que revolviendo ayer unos papeles  
Encontré en un rincón de mi aposento.  
¿Cesaron tan amargos sinsabores?  
¿Acabó tan penoso sufrimiento?  
¿Olvidóse Pilar de sus amores,  
O se murió, por fin, de sentimiento?

Si tú, Carmen amiga,  
Al corazón consultas generoso  
Y me quieres decir lo que él te diga,  
Estoy casi seguro  
Que excluirás con entusiasmo ardiente:  
—Si el amor es tan puro  
Que sella el corazón eternamente,  
Si es llama que devora,  
Si es dardo agudo de mortal herida,  
Si es extraña ilusión deslumbradora,  
Si sólo hay un amor, en una vida,  
Pilar debió morir, murió sin duda,  
Pues la que quiere bien, jamás olvida.

Una niña, sorprendente  
Por su carácter y hermosura,  
Quiso gozar la frescura  
De una tranquila corriente;

Y dando al pie libertad  
Y fundando en él su apoyo,  
Penetró hasta la mitad  
Del murmurador arroyo.

El agua besó su planta  
Y puso en besarla riña;  
Pues hasta al agua le encanta  
La belleza de una niña.

Los peces dieron mil veces  
Vuelta al arenoso piso,  
Y al mirar tan lindos peces  
Cogerlos la niña quiso.

De un arroyuelo en la orilla  
De mil flores esmaltada,  
Hallábase colocada

¡Ay Carmen! a tus años<sup>89</sup>  
Para pensar así tienes derecho,  
Pues todavía en tu inocente pecho  
No han dejado su hiel los desengaños.

De juventud, de gracia, de hermosura,  
De amor y de ventura,  
Diadema celestial orla tu frente,  
La llama del talento en ti fulgura  
Su luz resplandeciente.

Mas ¡ay! los años pasarán corriendo,  
Las ilusiones huirán volando,  
Y al pesar y al dolor que irán viniendo  
Se irá tu corazón acostumbrando.

Entonces, Carmen bella,  
Entre mucha ilusión desvanecida  
Verás rodar por su carrera el mundo,  
Y verás poco a poco que en la vida  
El amor más ardiente y más profundo  
*Se olvida tarde... pero, al fin, se olvida.*

FÁBULA

Mas se inclinó de tal modo  
Que dio en la corriente fría,  
Y al caer, la manchó el lodo  
Que bajo la arena había.

La niña quedó manchada,  
El agua turbia a la vez,  
Y entre tanto a la cuitada  
También se la escapó el pez.

«Niñas, que las ilusiones  
Miráis con vehemente anhelo,  
Como cruzar juguetones  
Los peces del arroyuelo,

Nunca pretendáis cogellas,  
Que entre el mundo y sus maldades,  
*Las ilusiones son bellas  
Y amargas las realidades».*

ALEGORÍA<sup>90</sup>

Junto a una azul campanilla  
Una amapolá encarnada.

<sup>89</sup> Carmen Samitier era casi cuatro años más joven que su hermana Presentación.

<sup>90</sup> Es esta la composición que más debe a las fábulas idílicas y hogareñas —la presencia de diminutivos así lo atestiguan— de los Trueba y, especialmente, Selgas. Uno de los amigos de Antonio Gasós, el también literato oscense Pedro Claver y Bueno, vería prologados sus *Primeros ensayos literarios* (1881) por el vizcaíno Antonio de Trueba.

Un beso ansiábame dar  
Por cierto amoroso exceso;  
Que el cefirillo travieso  
No dejándolas besar  
Hizo apetecer el beso.

La campanilla doblaba  
Su tallo con valentía,  
Mas cuando casi besaba,  
El céfiro la apartaba  
Y a otro lado la peléa;

Pero tanto se esforzó  
En besar a la amapola  
Que al cabo lo consiguió,  
Aunque, al esfuerzo, rompió  
Su delicada corola.

*Así suele suceder  
Al amante corazón,  
Cuando no sabe vencer  
Con el viento del deber  
El móvil de la pasión.*

MADRIGAL  
A UNOS OJOS

¿Qué tienes en los ojos, vida mía?  
Yo los miro mil veces cada día  
Y por más que los miro y los alabo  
De comprender no acabo  
Si es su mirada plácida o sombría.

Que el espejo del alma son los ojos,  
Ha dicho no sé quién como un axioma,  
Mas si miro los tuyos siento enojos,  
Y en descifrarte por demás me afano,  
Que unas veces los tienes de milano

Y otras veces los tienes de paloma.  
Sé que me miras cuando no te miro,  
Y he visto que al mirarte, si me miras,  
Huyen tus ojos, y formando un giro,  
Cual aves asustadas, los retiras.

¿Por qué no quieres, cándida pirata,  
Mirarme si te miro? Si me mata  
El fuego de tus ojos sólo al verte,  
Déjame así morir, hermosa ingrata;  
Muriendo así bendeciré mi muerte.

DOLORAS

I<sup>a</sup>

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LA DUQUESA DE AOSTA, REINA QUE FUE DE ESPAÑA<sup>91</sup>

I

A tan noble y magnánima Señora,  
Recuerda siempre España enternecida;  
La Caridad ante su tumba llora;  
Grande su gloria fue, corta su vida.<sup>92</sup>

II

Mas ¡ay! el hombre, en su enconada guerra,  
Busca su bien en los ajenos males,  
Y hasta el modo de hacer los funerales,  
Quizá menguando pensamiento encierra.

III

Cristianos os llamáis y compasivos  
Y estáis de cieno y de maldad cubiertos.  
¿Acaso el Hacedor os deja vivos  
Para explotar las honras de los muertos?

<sup>91</sup> Este poema resulta testimonio tardío del *amadeísmo* heredado del padre de Antonio, Cristino Gasós Franco. María Victoria Pozzo dalla Cisterna (*duquesa de la Cisterna* para republicanos y carlistas), duquesa de Aosta y mujer de Amadeo I, alcanzó fama de pia y caritativa («¡Es la madre de los pobres! ¡Es un ángel!», decían los amadeístas más beatos). Consiguió, junto a Concepción Arenal, crear el Asilo de Lavanderas en 1872.

<sup>92</sup> María Victoria había nacido el 9 de agosto de 1847 y murió en San Remo el 3 de noviembre de 1876 (contando veintinueve años escasos), fecha que permite datar esta composición a mediados o finales de ese mes.

JUAN CARLOS ARA TORRALBA

2<sup>a</sup>  
MALOS SECRETOS

I  
El clavel de su rostro fresco y sano  
Trocóse en azucena;  
Y al darme ayer su nacarada mano,  
La vi temblar de pena.

III  
Registrando su libro de memoria,  
El cura halló un papel;  
Triste, sin duda, y lamentable historia  
Se relataba en él.

II  
Esta noche monótona campana  
Tocaba a la agonía;  
Al asomar el sol de la mañana,  
La pobre no existía.

IV  
Desde entonces, si el párroco refiere  
Lo que las penas son,  
No le extrañan que digan que hay quien muere  
de mal de corazón.

3<sup>a</sup>  
TRES EDADES<sup>93</sup>

I  
Quince años apenas  
Contaba Eloísa,  
Su rostro era bello  
Su gracia divina.  
¿Amaba? lo dudo,  
Mas juro a fe mía  
Que amores soñaba  
La cándida niña.

II  
Quince años pasaron,  
Y treinta tenía  
Cumplidos apenas  
La viuda Eloísa.  
Amaba recuerdos  
Que no volverían,  
Lloraba verdades,  
Soñaba mentiras.  
A solas rezaba,

III  
Después no he sabido  
Qué fue de Eloísa,  
Y en vano pregunto  
Pidiendo noticias.  
Hay unos que dicen  
Que fue carmelita;  
Que casó en segundas  
Hay otros que afirman;  
Mas todos añaden  
Que está pensativa,

Rezaba a la Virgen  
Con unas amigas,  
Y todas las noches  
Bailaba y reía.  
Y al ver un entierro,  
Temblando decía:  
—¡Qué triste es la Muerte!  
¡Qué bella es la vida!

II  
A solas leía  
De un nicho cerrado  
La lápida fría;  
Y al ver un entierro,  
Risueña decía:  
—¡Qué dulce es la Muerte!  
¡Qué larga es la vida!

III  
Que ríe y que llora  
Cien veces al día,  
Que hay risa en su llanto  
Y hay llanto en su risa,  
Que a veces recuerda  
Y a veces olvida;  
Y al ver un entierro  
Temblando le mira...  
Mas no dice nada  
La buena Eloísa.

<sup>93</sup> Este poema se inspira en el conocidísimo de Campoamor.



4<sup>1</sup>

VANOS CONSUELOS

I

Enjuga tu llanto, niña,  
Deja a los muertos en paz,  
Y no ocultes esa faz  
Si no quieres que te riña.

¿Qué provecho o qué ventaja  
Obtienes con tal capricho,  
Si el mundo duerme en su caja  
Y está tan cerrado el nicho?

¿Piensas acaso que cuadra  
A tu dolor porfía,  
Y que tu llanto taladra  
La losa de mármol fría?

¿Piensas acaso, inocente,  
Que el polvo que allí reposa,  
Observa tu faz llorosa,  
Y que agradece y que siente?

Cese tu amargo quebranto,  
Duerman los muertos en calma,  
Y guarda un poco de llanto  
Para otros males del alma.

Así un anciano decía  
A una niña que lloraba;  
Mas ella no le escuchaba  
Y en su llanto proseguía.

II

¡Ay! si es locura el llorar  
Ante la tosa de un muerto,  
Es aún mayor desacierto  
El intentarla curar.

Tal vez delira inconsciente  
Quien gime entre pena dura;

Pero en su misma locura  
Hay remedio al mal que siente.

**Cállese el necio consejo**  
Y llore la niña en calma,  
Porque hay males en el alma  
Que no los comprende un viejo.

¡POBRE MADRE!

I

Preso una madre en los lazos  
Del más ardiente cariño,  
Aduerme gozosa un niño,  
Meciéndole entre sus brazos.

Fruto de antigua bonanza  
De la madre, hoy dolorida,  
Es la vida de la vida  
Y el faro de la esperanza.

Lejos de su patrio suelo  
Murió su esposo en la guerra,  
Y ella se encontró en la tierra  
Viuda, pobre y sin consuelo.

Su negra suerte maldijo,  
Mas para enjugar su lloro,  
Dios la concedió un tesoro,  
Al darla un póstumo hijo.

Con él la madre vivía  
Y por su bien se afanaba;  
Con él su llanto enjugaba  
Y su dolor distraía;

Y así entre los tiernos lazos  
Del más íntimo cariño,  
Iba creciendo aquel niño  
De su madre entre los brazos.

II

En una tarde serena  
Sobre una colina estaba  
Una mujer, que exhalaba  
Suspiros de amarga pena.

Fijos los ojos tenía  
En un guerrero escuadrón,  
Que en tropel y confusión  
Muy de lejos se veía.

JUAN CARLOS ARA TORRALBA

Y cuanto más se alejaba  
Era el dolor más prolijo...  
¡La pobre madre lloraba  
La partida de su hijo!

Marchando a tierras extrañas  
En pos de la guerra impía,

¿Quién sabe si volvería  
El hijo de sus entrañas?...

El escuadrón fue marchando  
Y la noche fue viniendo;  
El hijo partió riendo,  
La madre quedó llorando.

III

Un año pasado había,  
Cuando en la colina estaba  
Una mujer que esperaba  
A un escuadrón que volvía.

La hueste, por fin, llegó  
Contando triunfos y hazañas;  
Mas la madre ya no halló  
Al hijo de sus entrañas;

Y al preguntar impaciente:  
—¿Dónde está mi pobre Alberto?

Le dijo un soldado: —Ha muerto  
Luchando como un valiente.

La madre rompió en llorar,  
Mas no pudo conseguir  
La ventura de morir  
Para acabar de penar;

Y aunque su pecho taladre,  
Así le dirá la Historia:  
«La patria conquistó gloria»...  
¿Y la madre?... ¡Pobre madre!

A LAS SEÑORAS INSTRUCTORAS  
DE LAS ESCUELAS DOMINICALES DE HUESCA<sup>94</sup>

La flor de las flores nacida en el Cielo,<sup>95</sup>  
Que tiene por planta la bóveda azul,  
La flor que da olores de paz y consuelo  
Y el tallo levanta, sin gasa ni tul;

La flor que en el Cielo los ángeles riegan  
Con agua impregnada de esencia de amor,  
La flor que en el suelo las vírgenes siegan,  
La flor delicada, que alivia el dolor,

Es, nobles Señoras, la flor olorosa  
Que estáis cultivando con tanta bondad,

Es, nobles Señoras, el hada amorosa  
A quien Jesucristo llamó *Caridad*.

Palabra divina, beldad bienhechora,  
Que esparce consuelos y dichas en pos,  
Virtud que el cristiano practica y adora,  
Aliento que sale del pecho de Dios.

Él, nobles Señoras, con faz sonriente  
Y pródiga mano que vierta esplendor,  
Brillantes diademas os ciña la frente  
De paz, esperanza, ventura y amor.

<sup>94</sup> Las dominicales (del buen pensamiento, se entiende) supusieron el intento de la Iglesia y de las asociaciones católicas de controlar el avance de la enseñanza laica y de la conciencia social en las masas analfabetas. Las Señoras Instructoras de las Escuelas Dominicales de Huesca se reclutaron entre los miembros de la Asociación de Señoras Oscenses de la Caridad, fundada en 1866 y cuya primera presidenta fue Joaquina Allué y Oliván, de López, madre del irreverente, anticlerical y excelente literato Luis López Allué. Apenas dos años más tarde de la fecha de composición de este poema, las Escuelas Dominicales serían absorbidas por las impartidas en el entonces (1878) fundado Círculo Católico de Obreros de Huesca.

<sup>95</sup> Nuevo aprovechamiento de la fértil polisemia de la *flor*, en este caso en su valor traslaticio derivado del símbolo de la Virgen hacia la Caridad intercesora.

DECLARACIÓN

Eres, *Perfecta* Leonor,  
Como una *Rosa* de bella,  
Casta como la *Paloma*,  
*Modesta* como *Violeta*.  
    *Urbana*, *Cándida* y *Justa*  
Te formó naturaleza  
Y te concedió *Mercedes*  
En *gracia* y en *Inocencia*.  
    Eres *Pilar* de *Virtudes*,  
Eres *Concha* en que se encierran,  
Desde la *Fructuosa Paz*  
A la *Máxima Prudencia*.  
    Eres la *Estrella* y el *Sol*  
Que con *Clara Luz* intensa,

Mis ilusiones coloran  
Y mi *Esperanza* fomentan.  
    Eres, *Amada* Leonor,  
El *Amparo* de mis penas,  
*Remedio* de mis *Dolores*,  
*Consuelo* de mis tristezas.  
    Desde que te vi te amé,  
Como a *Flora* la pradera,  
Cual la beata al *Rosario*,  
Como a las *Nieves* la sierra;  
    Y aunque es *Cruz* el matrimonio,  
Según nos dice un poeta,  
Quisiera en la *Vicaría*  
Cargar con tu *Cruz* a cuestras.

SONETO

Eres niña; la vida en sus albores  
Ostenta para ti su faz risueña,  
Y tu esperanza, al despertarse, sueña  
Con un mundo de dichas y de flores.  
    Miras del sol los rubios resplandores,  
Miras del cielo la azulada enseña,  
Y sin sentir, tu corazón se empeña

En la bella ilusión de los amores.  
    Mas todo pasará; la dicha aquella  
Vendrá a empañarse de pesar y enojos;  
Tan sólo ¡ay Clori! quedarán tras ella<sup>96</sup>  
Lágrimas tristes en tus negros ojos;  
Y será la ilusión desvanecida  
Continuo desencanto de tu vida.

LA CARIDAD

De una casa retirada  
En la buhardilla desierta,  
Suspira desconsolada  
Una mujer extenuada.  
Una mujer casi muerta.

A un niño, que perdió el padre,  
Besa con dulce cariño,  
Juntando, aunque mal la cuadre,  
Sus aflicciones de madre  
Con las lágrimas del niño.

Sopla enfurecido el viento  
Que con bárbara osadía  
Inunda el viejo aposento,  
Y el niño, con triste acento,  
Exclama: —¡Pan, madre mía!

Tiembla la débil mujer  
Y dice con loco afán:  
—Hijo mío, con placer  
Diérate sangre a beber,  
¡Si mi sangre fuera pan!

Esto dijo dolorida,  
Recogió su roto sayo,  
Y por el dolor transida,  
Sobre un mal jergón, rendida  
Cayó en lánguido desmayo.

Pocos momentos después  
Lento rumor se escuchó,  
Y de la estancia al través,  
Con sin igual interés,  
Una mujer penetró.

<sup>96</sup> Diáfana es la influencia clásica —argensolista— en este poema, único soneto del libro, *carpe diem* incluido.

El mezquino lecho toca,  
En él la elegante dama  
Pan y dinero coloca,  
Al niño besa en la boca  
Y «¡Dios te bendiga!» exclama.

Alejase sonriendo  
Su noble acción contemplando;  
Y del viento al fuerte estruendo  
Despierta el niño gimiendo  
Y la mujer suspirando.

La madre, con loco afán,  
A Dios demanda consuelo,  
Y al ver colmado su anhelo,  
—Hijo —exclama—, toma pan,  
Pan divino, pan del Cielo.

Cesa el amargo quebranto  
Que el corazón envenena,  
Y cual por extraño encanto,  
Se calman del niño el llanto  
Y de la madre la pena.

Que es la Caridad la fuente  
Que santas virtudes mana,  
Es el lazo sorprendente  
Que unidos íntimamente  
Placer y dolor hermana.

Es bálsamo que en el suelo  
Cura el dolor más profundo,  
Es simiente de consuelo  
Que Dios sembró desde el Cielo  
Para redimir al mundo.

### MEDITACIÓN

Pálido y desencajado  
El reo en capilla está,  
Hoy sin esperanza vive,  
Mañana no existirá.

A su lado un sacerdote  
Santos consuelos le da,  
Sin advertir que es en vano  
Su caritativo afán.

Llora entre tanto su esposa  
La próxima viudedad,

Tendido en hondo barranco  
En sangre bañado está  
Un soldado, que sucumbe  
Por el honor nacional.

De sus juveniles ojos  
La luz se empieza a apagar,  
E impotente se revuelve  
Entre agitación mortal.

Un lecho de distinguidos  
Ocupa en un Hospital,  
Un hombre de adusto gesto  
Y de orgulloso mirar.

Partidario de Epicuro  
Y admirador de Renán,<sup>97</sup>

I  
Y ya enlutados vestidos  
La ofrece la caridad.

La campana de la iglesia,  
Anuncia la hora fatal;  
A las puertas de la cárcel  
El pueblo se agolpa ya...

¡Ay! cuando todos se marchan  
Me pongo a considerar,  
Qué pensará el pobre reo  
Al momento de expirar.

II  
Tal vez pensando en su vuelta  
Su anciana madre estará,  
Y su novia recordando  
Lo que le dijo al marchar...

¡Ay! al mirarle tan solo,  
Me pongo a considerar  
En qué pensará ¡infelice!  
Al momento de expirar.

III  
Negó a Dios, y creyó sólo  
En el placer material.

Y aunque el lecho donde yace  
Le prestó la caridad,  
En su pecho el amor puro  
No tuvo entrada jamás.

<sup>97</sup> A pesar de la candidez de su ateísmo, la figura de Ernesto Renan (1823-1892) paso a integrar, a raíz de la publicación de su célebre *Vida de Jesús*, la galería de agnósticos nefandos para la Iglesia católica. De ahí la utilización tópica de Casós.

Un anciano sacerdote  
Le intenta reconciliar,  
Mostrándole cariñoso  
La vida de más allá;  
Pero al oír sus palabras  
Muestra el disgusto en la faz,

Y aunque su razón vacila,  
El orgullo puede más.  
Cortos, supremos instantes  
De vida le quedan ya...  
¿En qué pensará, Dios mío,  
Al momento de expirar?

IV

¡Ay! mi vida va pasando  
De un pesar a otro pesar  
Y la luz de la esperanza  
En mi pecho no arde ya.

Mis ilusiones huyeron  
Para no volver jamás,  
Y si vuelven ¡ay! ¡qué pronto  
Otra vez se marcharán!

Tengo vecino el placer,  
Tengo vida y libertad;  
Mas también un nicho tengo  
De mi plena propiedad,  
Y al acordarme del nicho  
Me pongo a considerar,  
¿En qué pensaré ¡Dios mío!  
Al momento de expirar?...

CUENTO<sup>98</sup>

Allá en tiempos de marras,<sup>99</sup>  
Un día de verano  
Al asomar el sol su rubia frente,  
en un pequeño pueblo castellano  
Circundado de olivos y de parras,  
Entraba a toque de tambor batiente,  
Un forastero anciano  
De luenga barba y de cabello cano.  
Corrió a su paso la curiosa gente;  
En medio de la plaza el forastero  
Colocó presuroso  
Una mugrienta caja de madera,  
Que en sus hombros llevaba un compañero,  
Y al público le habló de esta manera:  
—Señores y señoras: esta caja  
De construcción y forma tan sencillas,  
Contiene nada menos  
De este mundo las ocho maravillas.  
El ojo aproximando a estos cristales  
Veréis, de encanto llenos,  
Espléndidos harenes sarracenos  
Y las más renombradas catedrales.  
Aquí veréis las calles de Lisboa,  
La ciudad de París, un campo santo,  
En el desierto la serpiente boa  
Y en el mar la batalla de Lepanto;

Una gran procesión en Barcelona,  
Una función de toros en Sevilla,  
Todos los grandes hombres en persona,  
Desde el sabio Moisés hasta Padilla.  
¿Quién por poco dinero,  
Aquí no quiere ver el mundo entero?

Terminóse, por fin, esta proclama  
Y el público al momento  
Los ojos acercando al panorama,  
Admirado quedó de tal portento.

Córrese al punto en el lugar la nueva,  
Mas del primero al último habitante,  
No hay uno solo que a decir se atreva  
Que comprende prodigio semejante.

El Secretario, el sastrero y el barbero  
Que en el pueblo por sabios son tenidos,  
Confiesan francamente  
Que el suceso les tiene confundidos,  
Pues no alcanza su mente  
El cómo en tan pequeño continente  
Son tan grandes objetos contenidos.

El público entre tanto,  
En corrillos comenta el caso grave;  
Y como nadie sabe  
De tan extraño encanto  
Descifrar el enigma misterioso,

<sup>98</sup> Esta poesía volvería a ser editada en el número 4 (4 de junio de 1893) de *La Campana de Huesca*.

<sup>99</sup> Expresión voluntariamente vulgar y prosaica, indicio del tono en que se va a desarrollar esta fábula.

No sé qué mezcla de temor y espanto  
 Se apodera del pueblo caviloso.  
 Y como incendio lento  
 Que poco a poco crece  
 Entre recias paredes escondido,  
 Tomando va incremento  
 Y al fin en rojas llamas aparece  
 Brillante y atrevido;  
 Así el débil rumor y la sospecha,  
 De corrillo en corrillo circulando,  
 El general clamor van aumentando,  
 Hasta que, al fin, cuando el espanto estalla,  
 Se levanta confusa gritería,  
 Y el público trinando  
 «¡Brujería! —prorrumpe—, ¡brujería!».

¡Terrible confusión! Amedrentados  
 Los niños huyen, las mujeres gritan,  
 Varones esforzados  
 En confuso tropel se precipitan;  
 Y en medio del tumulto,  
 Abandonando su costosa alhaja,  
 Ligeramente el bulto  
 El portador de la tremenda caja.

En mitad de tan grande algarabía,  
 Un grupo de mujeres numeroso  
 En la puerta llamó de la abadía  
 Del párroco celoso,  
 Y este acudió al instante  
 A aquel confuso campo de Agramante.

La presencia del párroco sencillo  
 Calmó el conflicto fiero;  
 Armado de un martillo  
 Salió de entre la gente  
 Impávido un herrero;  
 Dirigióse con grave continente  
 A la empolvada caja misteriosa,  
 Y con sendos y fuertes martillazos  
 Hizo caja y cristal en mil pedazos.

A los terribles golpes del herrero,  
 El público creía  
 Ver salir de la caja el mundo entero  
 Que en ella fabricó la brujería;  
 Pero llena de asombro universal  
 Sólo encontró la gente,  
 En lugar de aquel mundo imaginado  
 De las brujas diabólico arsenal,  
 Muñecos de cartón, papel pintado  
 Y trozos de cristal.  
 ¡Desengaño cruel! Mas ¿quién pensara  
 Que un conjunto de cosas colosales,  
 Al golpe de un martillo, se trocara  
 En papel y muñecos y cristales?

Atónito el concurso y receloso  
 Quedóse comentando la aventura,  
 Hasta que al cabo el cura  
 Llamando a sí la concurrencia entera  
 Habló, con dulce voz, de esta manera:  
 —Amados feligreses, grey querida,  
 Transformación tan rara no os asombre,  
 Que sólo un panorama es esta vida,  
 Con diferente nombre.

Un cristal de ilusión en nuestros ojos  
 Engañosa formó la fantasía,  
 Y mirando con él, reyes, guerreros,  
 Artistas, magistrados,  
 Doctores, sacerdotes, caballeros  
 Del mundo respetados,  
 Nos parecen notables personajes  
 Por su ciencia, sus hechos... o sus trajes.

Mas si va el desengaño  
 Con sus terribles golpes repetidos  
 Destrozando el cristal de aquel engaño  
 Y apagando la luz de la ilusión,  
 ¡Cuántos genios veremos convertidos  
 En débiles muñecos de cartón!

#### FÁBULA EL CAZADOR Y LAS PERDICES<sup>100</sup>

En una tarde del templado otoño,  
 Que el sol llenaba de dorada lumbre,  
 Un cazador bisono  
 Llegó anhelante a la elevada cumbre  
 De unos esbeltos cerros, do solía

Perdices encontrar, según costumbre;  
 Y mientras en el llano,  
 Que al pie de aquellos cerros se extendía,  
 Su canto soberano  
 Un bando de perdices repetía,

<sup>100</sup> Conocida la afición de Antonio Gasós a la caza y a la pesca, que ejercía en su finca de Ariéstolas, principalmente, no extraña el dominio del poeta de la jerga y prácticas venatorias.

El cazador, oculto en la espesura,  
Pensando alegre en su placer cercano,  
Fue con habilidad y sin estruendo,  
Gracias a su instintiva arquitectura  
Un *barracón* de ramas construyendo.

Cesó la construcción sin gran trabajo,  
Mejor que si la hiciesen a destajo;  
Clavada en una estaca  
Del perdigón la jaula colocóse;  
Metido el cazador en su barraca  
Se aprieta, escupe y tose,  
Hasta que lanza sin ningún empacho  
Su majestuosa voz el *perdigacho*.<sup>101</sup>

Al canto repetido  
Por todas partes la perdiz contesta;  
Un macho de espolones bien surtido  
Que, por costumbre, hacía  
Entre unos verdes pámpanos la siesta,  
Despierta al escuchar la voz potente  
Del forastero aquel, y en su deseo  
De pasar por *mandón*<sup>102</sup> y por valiente  
Contesta prontamente  
Con atrevido audaz castañeteo.

Aquel replica mientras este canta,  
Insultos lanzan y sarcasmos llueven,  
Aunque el uno del otro no se espanta,  
A estrechar la distancia no se atreven,  
Hasta que, al fin, de cólera cegado  
El campesino fuerte  
Corre a encontrar a su rival airado,  
Y en su furor no advierte  
De la jaula el alambre plateado,  
Ni el *barracón* fatal, nuevo en la loma,  
Ni el negro caño que por él asoma.

Un momento después ¡triste momento!  
Ruido espantoso suena,  
Y el perdigón inerte  
Entre la misma arena  
Do pensaba luchar, halla la muerte.

El fácil vencedor, siempre arrogante,  
Su solemne canción lanza orgullosa;  
Enamorada de su voz brillante  
Una perdiz hermosa,  
Con afables reclamos contestando,

Hacia el sitio fatal va caminando.  
Modula el perdigón su voz sonora,  
La inocente perdiz más se enamora,  
Tras el sencillo amor, nace el deseo...  
¡Ay! según yo preveo,  
Pobre perdiz, tus aficiones malas  
Van a causarte desventuras graves...  
Si el Amor de los hombres va con alas,  
¿Qué ha de ser el Amor entre las aves?  
¡Ave infeliz! voló de amor herida  
Y do buscaba amor, perdió la vida.

Por sus continuos triunfos engreído  
El macho de la jaula canta ufano,  
Y hace llegar su canto repetido  
A los lejanos límites del llano.

Allí varias perdices patirrojas,  
Que a falta de manjar más placentero  
Buscaban su alimento entre las hojas  
Del boj y del romero,  
Al escuchar al macho de la altura  
Pensaron ¡inocentes!  
Encontrar de la loma en la espesura  
Langostas y semillas diferentes;  
Y alzando alegres sus ligeras alas  
En el cerro feraz fijos los ojos,  
Del aire azul por las abiertas salas  
Cruzaron «pardas nubes con pies rojos».

Un instante después, terrible estruendo  
Turbó del monte la quietud completa;  
Y fueron las glotonas sucumbiendo  
Entre el plomo feroz de la escopeta.

Por tan extraños ruidos sorprendidas  
Tres tiernas *perdiganas*<sup>103</sup>  
Nacidas en las márgenes cercanas,  
El pensamiento forman atrevidas  
De indagar el motivo  
De suceso tan raro;  
Por su curioso afán sólo movidas  
Se acercan con descaro  
Al mismo sitio do sonó el disparo;  
El cazador al verlas se prepara,  
Ellas prosiguen su camino ciego,  
Y envueltas quedan, a lo que él dispara,  
Entre nubes de polvo, pluma y fuego.

101 Aragonésismo, por *perdigón*.

102 Debe entenderse en el sentido antiguo del vocablo: 'jefe de tropa irregular'.

103 Nuevo aragonésismo léxico, por *perdigona*.

JUAN CARLOS ARA TORRALBA

El sol, por fin, tras el opuesto monte  
Fugitivo ocultó su luz dorada,  
La luna apareció en el horizonte,  
El cazador salió de su emboscada,  
Y al recoger sus víctimas calientes,  
Pensando en unos libros que leía,  
Empañó un pensamiento su alegría  
Y murmuró entre dientes:  
—Orgullo, amor, curiosidad y gula

Os hicieron morir, pobres perdices.  
¡Cuánta gente en el mundo se calcula  
Que su muerte adelanta  
Por pasiones, caprichos o deslices!  
Aunque el hombre lo sabe, no se espanta;  
¡Ah! bien dices ¡oh sabio! cuando dices  
*Que por mil sendas de diversos modos  
Marchando vamos a la muerte todos.*